LAURETTE SÉJOURNÉ

Supervivencias de un mundo mágico

LECTURAS 86 MEXICANAS

SUPERVIVENCIAS DE UN MUNDO MÁGICO

LECTURAS 86 MEXICANAS

Lecturas Mexicanas divulga en ediciones de grandes tiradas y precio reducido, obras relevantes de las letras, la historia, la ciencia, las ideas y el arte de nuestro país.

LAURETTE SÉJOURNÉ

Supervivencias de un mundo mágico

Imágenes de cuatro pueblos mexicanos

Dibujos de
LEONORA CARRINGTON

Traducción de
A. O. R.

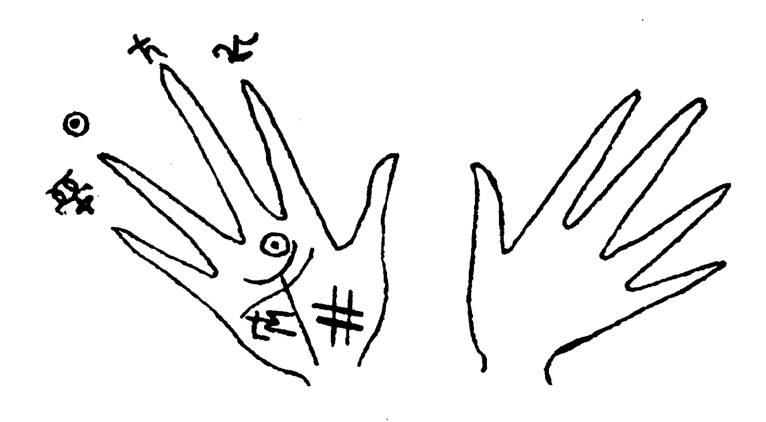


Primera edición (Tezontle), 1953
Primera edición en Lecturas Mexicanas, 1985

Av. de la Universidad, 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-1900-5

Impreso en México



Nota preliminar

Entre los principales componentes del irresistible sortilegio de México, hay uno —el más poderoso— que proviene de la prolongación milagrosamente viva del pasado precolombino en la realidad presente. En ese pasado puede seguirse el desarrollo interior del hombre como si se tratara de un individuo único cuya vejez abarcara varios millares de años. Los innumerables vestigios materiales y espirituales de las antiguas civilizaciones esparcidas sobre todo el país aparecen como fascinantes recuerdos de una infancia lejana y común. Nada más tentador que esas puertas abiertas sobre un pasado cuyo conocimiento nos permitiría, quizá, comprendernos mejor, y en cuyo camino se tiene la ilusión de poder descubrir la semilla de todo lo humano.

La concepción mágica del mundo es el primer jalón plantado por el pensamiento en el curso de su lento despertar. Deslumbrado por el resplandor de la propia conciencia que amanece y atribuyendo a la naturaleza esa voluntad de ser de la cual él mismo se siente portador, el hombre elabora el vasto sistema de vigilancia recíproca y de dependencia absoluta entre él y la naturaleza en que se apoya por entero la concepción mágica. En esta etapa, es esencialmente poeta: percibe las cosas directamente, con imaginación espontánea y vigorosa, sin recurrir aún a los subterfugios del pensamiento. La arqueología nos enseña que la magia domina el primer horizonte cultural de Mesoamérica, situado aproximadamente entre los 3,000 años antes de Cristo y el comienzo de nuestra era. Parecería que, al mismo tiempo que las comunidades originarias son reemplazadas por centros urbanos donde el individuo estará subordinado a un todo que lo domina y lo ignora, el hombre fuese perdiendo poco a poco su bella seguridad en sí mismo y anhelase que se le relevara de las responsabilidades angustiosas hacia la naturaleza que en el pasado asumió alegremente. A partir de este momento, el doloroso despertar de la conciencia humana se puede ir siguiendo a través de las divinidades sucesivamente definidas.

Es al comienzo de nuestra era cuando el

primer dios —el del fuego— hace su entrada en el mundo mesoamericano, y asociada a esta divinidad lejana aparece la primera construcción religiosa: el edificio circular de Cuicuilco. Con la definición de la idea de dios, el horizonte arcaico llega a su fin: los vastos y complejos sistemas religiosos —vastos y complejos como los organismos sociales que los determinan— no tardarán en tomar forma.

Sabida es la importancia de las figuraciones divinas en las culturas prehispánicas. No hay ciudad arqueológica que no nos haya brindado gran número de estos misteriosos personajes que, gracias al desciframiento de los símbolos con que están recubiertos, han podido ser en parte localizados en sus respectivos panteones. Pero, a pesar de su importancia, hay motivos para pensar que el culto de estos dioses debía limitarse estrictamente a las castas dirigentes y que su influencia no debió hacerse sentir en las zonas algo alejadas de los centros religiosos. Más todavía que la prueba arqueológica —basada en la escasez de las representaciones divinas encontradas fuera de esos centros—, son los testimonios de algunos cronistas del siglo XVI los que nos llevan a estas reflexiones. Es en efecto curioso observar que, fuera de Sahagún —que prosigue sus magníficas investigaciones con el auxilio de iniciados en la religión azteca—, pocos son los traba-

jos en que se pueda descubrir la huella de los dioses, porque los monjes que relatan sus experiencias vividas en el contacto de los indígenas hablan casi exclusivamente de prácticas ligadas de una manera evidente a la mentalidad predivina. Como la enumeración de estas prácticas resultaría aquí fuera de lugar, transcribimos, al final de esta introducción (págs. 12-17), a título de ejemplo de la actitud mágica del pueblo, algunos conjuros del tiempo de la Conquista.

Pocos testimonios hay capaces de ilustrar el pensamiento mágico mejor que estas hermosas fórmulas de encantamiento; la comunión directa con el mundo se revela en ellas con autenticidad absoluta. Ahora bien, esta actitud propia de edades prehistóricas, y viva en el momento de la Conquista —o sea muchos siglos después de la aparición de los dioses—, persiste vigorosamente aún en nuestros días. Se la puede observar en estado casi puro en ciertos pueblos poco influídos por el catolicismo, o descubrirla en esos extraños sistemas híbridos que se constituyen alrededor de la Iglesia y que se encuentran en toda comunidad algo alejada de las grandes rutas. La tenaz persistencia de esta actitud primordial impresiona porque parece responder a ciertas tendencias cuya profundidad psíquica está lejos de

haber sido dilucidada y que quizá no se limiten exclusivamente al pensamiento primitivo.

Las notas que siguen son el resultado de una permanencia de varios meses en cuatro pueblos del Estado de Oaxaca. Sólo la esperanza de que presten alguna utilidad a aquellos a quienes preocupa la comprensión de la familia humana nos ha decidido a publicarlas.

El vasto Estado de Oaxaca está enteramente formado por cadenas de montañas que se prolongan hasta el Océano Pacífico que bordea su parte sur. Al alejarse de la única gran carretera que lo recorre de un extremo al otro, todo viaje toma el carácter de una expedición de alta montaña, porque, salvo escasos valles y algunas llanuras arenosas, sus habitantes se encuentran siempre encaramados sobre cimas elevadas o anidados en profundas barrancas. Otra característica de esta región es la existencia en su seno de una variedad desconcertante de idiomas prehispánicos —preservados sin duda por la naturaleza excepcionalmente accidentada del terreno— que constituyen el lenguaje único del que se sirven todavía varios millares de seres humanos. Nada más instructivo después de haber errado por la sierra de Oaxaca que leer la crónica que un monje del siglo XVI —Francisco de Burgoa— tuvo la feliz inspiración de escribir. No son solamente

las obligatorias jornadas a lomo de mula, ni los precipicios inquietantes que bordean los estrechos senderos, o el esplendor de los paisajes, lo que sorprende encontrar en este denso libro, sino también, y ante todo, el relato de costumbres y creencias que uno ha observado con sus propios ojos.

CONJUROS Y ENCANTAMIENTOS [1]

Del conjuro e incanto de los que arman hornos de cal

Los maestros de hacer cal y armar los hornos, para que en todo haya superstición, cortan la madera usando también de conjuro y entran hablando con la hacha como se sigue: "A ti digo, chichimeco bermejo, que aquí está el sacerdote para quemar y consumir este árbol; ¿qué se te alcanza, chichimeco bermejo? con esto e de dar vida o engendrar a mi hermana la mujer blanca (la cal). Tú, hacha, no has de cudiciar los sacerdotes que traigo conmigo (por herir por las manos y pies y los dedos), que no tienen sangre ni color, yo soy el que lo mando, el príncipe de los encantos."

Habiendo cortado la madera, empiezan a ar-

[1] Extraídos de Hernando Ruiz de Alarcón: *Tratado de las supersticiones de los naturales de esta Nueva España.* (México, 1629.) Reproducido en los *Anales del Museo*, Época I, t. VI, México, 1892.

mar el horno poniendo por fundamento la leña, la cual conjuran primero diciendo:

"Ven aquí genio, cuya dicha consiste en las aguas; tiéndete en mi encantado horno de cal, allí te has de convertir en humo y niebla; con esto se engendrará y nacerá mi hermana la mujer blanca (la cal)."

Después de puesto el primer lecho de leña, conjuran luego la piedra para ponerla diciendo:

"Ven tú mi hermana la muerte, que aquí has de revivir y nacer; este efecto harán en ti mis criados bebiéndote y comiéndote (q.d. quemándote), yo lo ordeno así, el príncipe de los encantos."

Habiendo ccn este orden, armado el horno, compuesta ya la leña y piedras para darle fuego, conjuran al fuego mandándole, aunque con respeto, que haga bien su oficio:

"Ven en mi ayuda tú mi padre cuatro cañas ardiendo con cabellos rubios (por las llamas); tú que eres la madre y el padre de los dioses. Ya puedes venir, que ya truje mi estera de rosas: en ella te has de sentar pero no para estar de asiento, que has de pasar y has de comer y beber y te has de volver presto para que presto se engendre y nazca la mujer blanca; para esto te esperan mis criados, no lo manda quien quiera, yo el príncipe de los encantos."

En poniendo el fuego para que surta su efecto y no se ahogue, sino que fácilmente penetre todo el horno y salga a lo alto, conjuran el viento diciendo así:

"Ea, ya ven mi hermana, la verde mujer, ve a dar priesa para que se dé mucha priesa mi padre las cuatro cañas encendidas. Ven ya tú, verde viento, ve a dar priesa a mi padre las cuatro cañas encendidas, en que emperezan; hazle que se dé priesa para que se engendre y nazca la mujer blanca y acatemos su rostro."

Con esto prosigue el darle fuego, y para más obligar y certificar sus conjuros, usaban bailar alrededor del horno, y de camino beber hasta que de borrachos y cansados se quedaban todos dormidos.

Conjuro para la siembra del maíz

"Yo en persona, el sacerdote o espiritado, o encantador: atiende, hermana semilla, que eres sustento; atiende, princesa tierra, que ya encomiendo en tus manos a mi hermana la que nos da, o la que es nuestro mantenimiento; no incurras caso afrentoso cayendo en falta, no hagas como hacen los mohinos enojados y rezongones; advierte que lo que te mando no es para que se execute con dilación, que es ver otra vez a mi hermana (al maíz que va enterrando), nuestro sustento, luego muy presto ha de salir sobre tierra; quiero ver con gusto y dalle la enhorabuena de su nacimiento a mi hermana nuestro sustento."

Cura supersticiosa de los ojos

A vosotras digo, una culebra (a las venas), dos culebras, tres, cuatro culebras, porque mal-

tratáis así el espejo encantado (los ojos), y su encantada faz o tez; id donde quiseieredes, apartaos a donde os pareciere, y si no me obedecéis, lamare a la de las naguas y huipil de piedras preciosas, que ella os desparramará y divertirá, ella os arrojará desparramándoos, y os dexará desparramadas por esos desiertos."

La cura de los oídos que duelen

"*Ea ya, ven tú el nueve veces aporreado, el nueve veces golpeado, entra tras el verde dolor; quién es aquel tan poderoso que quiere ya destruir mi encomendado; guarte no hagas cosa con que te avergüences, que ya yo soplo aquí en mis nueve cuevas para que mi soplo y mi aliento siga al verde dolor.*"

Cura del dolor de dientes

"*Ven en mi favor, piciete nueve veces golpeado, nueve veces entregado; y tú, pardo dolor de muelas, qué haces. Ven acá, la de mi sexo, la blanca mujer (siendo mujer la que habla con el copal), éntrate en seguimiento del verde dolor, mira no caigas en afrentas, no hagas cosa que no sea a propósito, lo que has de hacer es sacar y quitar el verde dolor que ya quiere destruir a mi encomendado cuatro cañuelas (aquí con las encías hablando hiere, saca sangre y prosigue con los dedos). Acudid vosotros también, los de cinco hados (los dedos); que hemos de quitar el verde dolor; por qué razón echa ya a perder mi molino encantado (los dientes, porque con ellos*

se muele la comida) en su ministerio, o por qué hace blandear la pared hecha para la guerra o defensa.”

De una ficción de un indio acerca de la cura del vientre

“Ea pues, culebra blanca, culebra negra, culebra amarilla, advierte que ya te demasías y que dañas en el cofre o cestoncillo las cuerdas de carne (que son las tripas), pero ya va allá el águila blanca, el águila negra (el aguja); pero no es mi intención dañarte ni destruirte, que sólo pretendo impedir el daño que haces compeliéndote a meterte en un rincón, y allí impidiéndote tus poderosas manos y pies, pero en caso de rebeldía, llamaré en mi ayuda al espíritu o conjurado Huactzin y juntamente llamaré al negro chichimeco (la aguja) que también tiene hambre y sed y arrastra sus tripas (el hilo ensartado), que entre tras ti.”

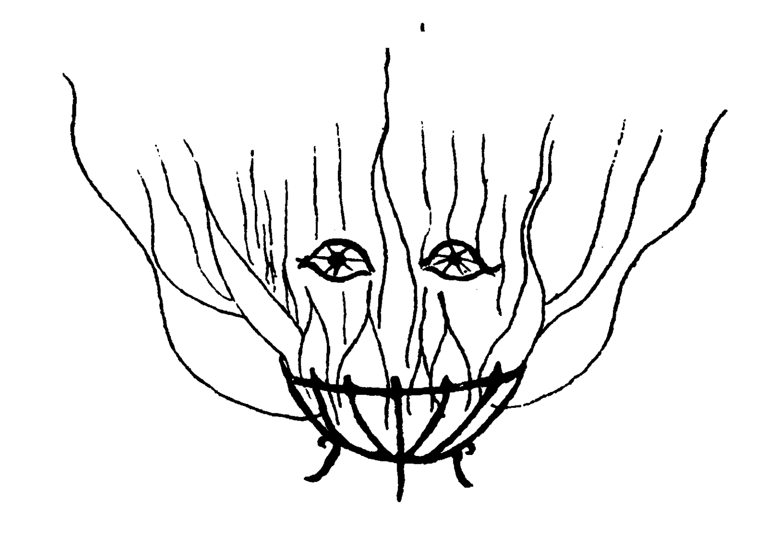
Por el dolor de pecho de los niños

“Ola tú, verde mariposa, amarilla y blanca mariposa qué daño es este que haces al hijo de los dioses; de ninguna manera estás bien aquí, mejor estarás en los grandes cenadales, en las lindas verderías.”

Del encanto y conjuro que se usan para cazar venados con lazos

“. . .Está alerta, mi hermana culebra hembra (habla a las cuerdas), la que trabajas como mujer

(porque obra estando queda); no te diviertas, que ya te he compuesto, ya te he forjado, ya te he acabado perfectamente. Aquí serán tus contentos, aquí tus gozos y tus alegrías, aquí con cuidado atenderás a la entrada y portada y camino real del que ya vien y ha ha entrar por aquí, el espiritado de las siete rosas (por el venado, por los cuernos), habitador de la tierra de los dioses. Aquí ha de ponerse y vestirse su vestidura rozagante y su collar de rosas el espiritado vividor de los montes. Ola hermana, culebra hembra (por el lazo, o las cuerdas), que trabajas como mujer: no te hagas de mal ni eches a perder o malogres esta obra por impaciencia. Tampoco te suceda erra por espanto, y para esto no atiendas a las caras y cabezas del espiritado habitador de los montes, cuya carne gorda deleita a la culebra que tiene cara de león... Ea, venid en mi ayuda, mi madre y mi padre, la tierra y el agua y el cielo estrellado, y mi padre el de los rayos... Mi hermana la torcida a un lado (por el herbazal), y los árboles, guardadme todos el secreto; nadie lo haga saber ni se lo diga al espiritado de las siete rosas (al venado) que vive en los montes; ya viene, ya llegará aquí; con eso holgaréis y tendréis contento. Aquí es donde lo habéis de tener y cogerlo."



El culto mágico de una Virgen

Se conoce muy poco del carácter de las antiguas divinidades zapotecas cuyas figuraciones han sido encontradas en gran número en Monte Albán y sus alrededores. En efecto, a pesar de que sus símbolos y sus características hayan sido minuciosamente descritos,[1] ninguna de sus funciones —con excepción de Cocijo, el encargado de la lluvia— puede señalarse con certidumbre; y teniendo en cuenta la falta casi total de documentos que se refieren a esta cultura, es poco probable que se logre nunca identificar a estos dioses y diosas, tan cruelmente

[1] Alfonso Caso e Ignacio Bernal: *Las urnas de Oaxaca*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1952.

atacados de amnesia que no pueden dar razón de sí mismos. La intuición, por otra parte, presta poco auxilio en el caso de estas imágenes donde toda espontaneidad está rigurosamente excluída y cuyas expresiones imperturbables desorientan. Reflejos de una humanidad apenas en el umbral de su conciencia, son, a todas luces, dioses concebidos en la angustia. Acaban de surgir del mundo de lo sagrado, que ignora la condición humana y que aplasta al hombre con el peso de su misterio.[2]

Una de estas representaciones es la de una diosa que, a juzgar por la frecuencia con que aparece, debía tener un papel de primer orden, cuya naturaleza desgraciadamente se ignora por completo. De atavío modesto, se distingue por llevar en su tocado un glifo en que se podría reconocer una cápsula de algodón abierta. Como, por otra parte, en las raras crónicas del comienzo de la colonización que se refieren a la región zapoteca,[3] se encuentra cierta divinidad nombrada *Nohuichana* que goza de una popularidad no igualada por ninguno

[2] Son significativas a este respecto las palabras de Juan de Córdoba en su *Arte del idioma zapoteca*. "...Dize también para dezir Dios es venerable, Dios es espantoso", p. 19.

[3] La más importante de ellas es la *Relación auténtica de las idolatrías, supersticiones, vanas observaciones de los indios del Obispado de Oaxaca*, por el Br. Gonzalo de Balsalobre, 1656. (*Anales del Museo*, Época I, México, 1898.)

de sus colegas, es naturalmente grande la tentación de identificar con ella la figura arqueológica.[4] Además de las investigaciones de biblioteca efectuadas con la esperanza de descubrir indicios que permitieran salvar una diosa del anonimato que la corroe, hemos intentado seguir la huella del culto de *Nohuichana* en las manifestaciones religiosas actuales. Con este propósito, nos pareció particularmente interesante visitar un santuario donde una Virgen altamente milagrosa atrae anualmente, el 8 de diciembre, millares de peregrinos zapotecas, pues sabíamos que, cuando una divinidad precolombina se ha obstinado en no morir, la Iglesia católica, invariablemente, ha tratado de desviar la veneración de que ella era objeto hacia una de sus propia imágenes.

A varios días de marcha del último punto a que llega cualquier medio de locomoción mecánica, se encuentra Juquila, perdida en una inmensidad salvaje y prodigiosa de picos y precipicios.[5]

[4] Esta identificación ha sido intentada por la autora, en un trabajo a aparecer en los *Anales del Museo*, México, 1954.

[5] Más de 6,000 habitantes, en su mayoría mestizos. Cabeza de distrito y centro comercial de numerosas aldeas de lengua chatina. La tierra de esta vasta jurisdicción es comunal y los frutos de ciertas extensiones no habitadas —café y una nuez muy rica en aceite (co-

Su iglesia quedó derrumbada en 1931 a consecuencias de un temblor, y la Virgen gloriosa habita desde entonces una barraca sorprendentemente miserable:[6] una nave constituída por un techo de una veintena de metros de largo, sostenido por troncos de árboles ahorquillados; unas tablas groseramente cepilladas y blanqueadas con cal que la separan del curato, y uno de los muros de la iglesia en ruinas —recubierto de musgo y de follaje— que la sostiene del costado opuesto. Un trapo rojo, que abarca todo el ancho de la nave, hace de portada, e imágenes religiosas de un extravagante mal gusto adornan los altares. De muy pequeñas dimensiones y colocada a gran altura, la estatuita hacia la cual se elevan las fervorosas plegarias de tantos desdichados resulta apenas discernible.

El descalabrado cobertizo es el único centro social de este gran pueblo soñoliento. Nunca faltan los fieles que vienen a participar sus penas a la "Virgencita" y ofrendarle cirios y

---

rozo)— son recolectados por todos los miembros de la colectividad sin distinción. La venta de estos productos no puede desgraciadamente hacerse más que a los comerciantes locales, que, siendo los únicos que disponen de una organización que les permite hacer circular la mercadería, fijan los precios a voluntad.

[6] Sorpresa tanto más justificada si se tiene en cuenta que los beneficios realizados anualmente con las 50,000 personas que concurren al santuario deben de ser de importancia.

flores, y durante la misa y el rosario, que puntúan el ritmo monótono de cada día, el templo está lleno de una multitud que escucha religiosamente los sermones de un joven cura, pulcramente ataviado. Saboreando la elegancia de su propia dicción, el sacerdote no se cansa de exaltar las virtudes de humildad y resignación delante de esas mujeres que, eternas penitentes, están arrodilladas sobre piedras que las lastiman, y envueltas como en un sudario por el negro rebozo que simboliza bien su pobre destino.[7]

Esta lenta existencia se altera bruscamente en ocasión de las fiestas de la Virgen y, como una playa desierta invadida por la marea, Juquila queda entonces sumergida por los peregrinos que acuden de todos los rumbos del país. La gran plaza, inmóvil y silenciosa, bordeada de grupos de vendedoras sentadas en el suelo delante de los frutos de sus huertas, muy pronto no será más que una imagen nostálgica, y tanto el martilleo de los herreros —respiración del pueblo— como la letanía monótona de los prisioneros, que al fin del día cantan el

[7] Es de notar que, desde el momento que el comercio constituye la base económica de una organización social, la población se vuelve mestiza y la familia tiende a disgregarse. La madre soltera, por ejemplo, desconocida en las aldeas indígenas, donde la familia es sorprendentemente unida, es fenómeno corriente en estos pueblos sometidos al dinero.

rosario, serán recubiertos por el murmullo de la muchedumbre.

Los comerciantes llegan primero. Las marchas agotadoras y las noches pasadas a cielo descubierto dan a los recién llegados un aire de familia de una especie extraña. Todos esperarán con impaciencia desembalar la mercadería tan penosamente transportada, y abundarán las discusiones para obtener del Ayuntamiento un sitio mejor. Después de hábiles conversaciones, una mujer gorda, fláccida y sonriente logra instalar su comercio —un burdel con bebidas y juegos de azar— bajo una enramada que se levanta en el centro mismo de la plaza, junto a la fuente donde las mujeres y los niños vienen a buscar el agua.

El acceso a la iglesia se hace de día en día más difícil, porque innumerables puestos de imágenes religiosas, de cocinas al aire libre y de barracas heterogéneas han brotado a su alrededor. Están también los buhoneros —con una caja rutilante de cintas y encajes colocada sobre el pecho, como en los libros infantiles—, entre los cuales, según se dice, hay ladrones que frecuentan asiduamente la feria (y al contemplar su inquietante gallardía, piensa uno que esto debe ser verdad); los cantantes callejeros, los limpiabotas, un loco semi-desnudo que canta con éxito tonadas de su invención, arrancando de un mísero violín ruidos que ha-

cen rechinar los dientes; los mendigos que exhiben sus deformidades con una constancia de pequeños comerciantes y, en fin, los peregrinos, que llegan por olas sucesivas durante más de una semana.

Formados en columnas, éstos desembocan en la plaza, cargados de grandes ramos de romero, flores silvestres, helechos y ramas de pino, cantando himnos melancólicos. El aspecto de las mujeres de la ciudad, con sus "permanentes", sus vestidos cortos y su desorden interior, resulta mezquino junto a la gracia severa de las indias, en particular de algunas que vienen de montañas lejanas, llevando enormes turbantes de lana negra, blancos vestidos flotantes y hermosas sandalias de cuero bordado.

Una vez en la iglesia, se arrastran todos de rodillas hasta el altar,[8] sucumbiendo casi bajo las flores y los cirios. Desde la entrada, se dirigen en alta voz a la Virgen; la atmósfera de la iglesia logra casi siempre vencer el temple de sus nervios, y los sollozos violentos y los llantos sofocados forman parte del ritual. Delante del altar mayor, dos curas, con la mirada ausente, distribuyen bendiciones a todas las imágenes, las cabezas o los rosarios que des-

[8] Los hay que por voto vienen de rodillas desde la entrada del pueblo. Estos infortunados necesitan largas horas para recorrer los dos kilómetros de camino pedregoso que sube del río.

filan rápidamente delante de ellos, mientras que tres ayudantes, con precisión de expertos, se ocupan de las ofrendas: los ramos van a formar un montón detrás del altar, y los cirios, apenas encendidos por manos piadosas, son arrancados y arrojados a una caja para volver a fundirlos y ponerlos nuevamente en venta.

Estos millares de seres sin amparo, cuyos impulsos y energías son metódicamente canalizados hacia una oscura inconsciencia colectiva, estos seres humanos que vienen a pedir protección a una imagen estéril vergonzosamente explotada, inspiran la piedad más profunda. Aparte de los comerciantes, que no se ocupan más que de sus negocios, los visitantes de la Virgen pertenecen todos a las clases pobres, y este peregrinaje, que se hace en condiciones increíblemente duras, consume las economías de hasta varios años de trabajo.

Con toda anticipación se comenta la llegada de la gente del Pacífico, cuyas manadas de caballos, cargamentos de papagayos y objetos de oro forman la atracción mayor de la feria, y, para distraerse, en las tardes que preceden el día de la fiesta, aldeanos y peregrinos afluyen hacia un sitio desde donde se les ve emerger bruscamente sobre la montaña opuesta.

Deslumbrados por los rayos del sol poniente, sentados en los taludes, siguen atentos

la marcha de las minúsculas caravanas; las ven descender con lentitud, pasar el río transparente pisando en las gruesas piedras blancas, e ir recortándose poco a poco, sobre el camino abrupto que marca el fin de su viaje. El juego consiste en ser el primero en indicar la procedencia de los que llegan o la naturaleza de sus cargamentos, y hay siempre quien pronuncia nombres de pueblos lejanos o adivina un loro cuando aún no se ve otra cosa que unos puntos imprecisos.

La gente de la costa se divide en dos grupos: por una parte, negros más o menos mestizados; por otra, indios que no deben haber cambiado mucho desde los tiempos prehispánicos. Con particularidades muy diferentes, las mujeres de los dos grupos son extraordinarias: las primeras, bellas amazonas de gran prestancia y rostros autoritarios; las otras, pequeñas, los senos desnudos, puesta sobre la cabeza una media calabaza que recuerda curiosamente una boina vasca, caminando cerca de sus asnos sin atreverse a mirar a su alrededor.

La charla de un loro que llega montado sobre una mula produce la admiración de todos, y como la deliciosa niña de nariz respingada que lo acompaña indica un precio que parece demasiado alto, varias personas los siguen con la esperanza de poder adquirir de algún modo el pájaro sabio. La comitiva llega

así a una de las posadas donde se albergan los de la Costa, vasto campamento abarrotado de animales tristes y de gentes insólitas. En un rincón, una anciana cocina en un gran fuego de leña, ayudada por una frágil muchacha vestida de satín verde turquesa. Las gentes rodean al loro comentando su inteligencia y discutiendo su precio encarnizadamente, y cuando a un hombre que le pregunta: "¿Nos vamos, perico?", él le contesta: "¿Dónde?", es objeto de una verdadera ovación. Una mujer cuenta que, previendo que no vería más su casa, el pájaro se puso a llorar al abandonarla, y esta hazaña aumenta la oferta, sin que se llegue, no obstante, a la suma pedida. Aparece de repente un personaje tan fascinante como una *ecuyère* de circo surgida de un recuerdo de infancia: un sombrero de hombre protege sus ojos muy abiertos, firmes y dulces, sus rasgos viriles bien delineados y sus largas trenzas negras. Una falda multicolor recubre enteramente la grupa del caballo y cae con elegancia por todos los costados. Desciende desenvuelta y ligera de su montura y, como una reina de las Mil y una Noches caminando sobre tapices mullidos, pisa con majestad el polvo lleno de estiércol. Iniciado su viaje hace diez días, no ha dormido, como todos, más que algunas horas por noche a cielo abierto, ha comido poco y mal y, desde la sali-

da, al amanecer del mismo día, no ha tomado absolutamente nada, salvo, quizá, un poco del agua murmurante de los ríos, al mismo tiempo que su caballo.

La gente del Pacífico presta súbitamente un brillo prodigioso al conjunto opaco de peregrinos y comerciantes venidos desde el interior del país. Todo el mundo se pasea ahora con un loro sobre el hombro, y el parloteo de estos pájaros mundanos se eleva por encima del murmullo inarticulado de la multitud. Una mujer vende dos extrañas iguanas negras que observan a la muchedumbre con ojo penetrante; los curiosos se agrupan en círculos alrededor de una marta cuyas travesuras hacen pensar en las de un osito, y las pieles de tigre se exhiben por todas partes. Los objetos de cuero suntuosamente bordados; las alhajas de oro con dibujos románticos; las calabazas grabadas donde se destacan, entre pesados follajes, pájaros y serpientes; las blusas bordadas con cuentas brillantes de vidrio, provocan el entusiasmo y la codicia de todos. Dos jóvenes negras, desnudas bajo una especie de sábana echada sobre el hombro, fuman con indolencia un gran cigarro de hoja. Están sentadas sobre el suelo e indican con aire indiferente el precio de sus mercancías, precio que nunca pasa de unos centavos. Las conchas de erizo, las estrellas

de mar, las madréporas malva esparcidas a su alrededor no están, como se podría creer en el primer momento, destinadas a la decoración; son medicamentos preciosos para ciertas enfermedades del corazón. Venden también unas bonitas semillas gris claro, redondas como canicas, y explican que, molidas y mezcladas con la orina, sirven de ungüento que protege a los niños contra las asechanzas del mal de ojo. Un anciano en postura de ídolo monta guardia ante dos ardillas disecadas con frijoles rojo-vivo en lugar de ojos, conchas marinas de toda especie y un tucán con las plumas lamentablemente apagadas por la muerte. El pico del pájaro, reducido a polvo, constituye al parecer un remedio infalible contra los ataques de epilepsia. Entre las variedades innumerables de plantas y raíces medicinales de un puesto lleno de encanto, se encuentra en abundancia una flor sorprendente, la "mano de león". Es una campánula aterciopelada, de pétalos rojo oscuro, pistilo que termina en una garra muy bien representada, con sus cinco dedos de los cuales surgen uñas puntiagudas. Los filetes de oro viejo que recubren los dedos y los pétalos que forman un amplio puño sobre ellos evocan con precisión la mano enguantada de un león de cuento de hadas. Muchas son las propiedades medicinales de esta flor inquietante y todas se relacionan con la sangre.

El camino que trae a los que vienen del interior del país desemboca sobre la vertiente contraria a aquella que mira del lado del Pacífico. Son estrechos senderos solitarios que trepan y descienden días tras días las montañas espléndidas, a los pies de las cuales se encuentra siempre el gran río cubierto de sombra.

Horas antes de llegar a Juquila, se alcanza una alta meseta desde donde la vista, más allá de las cimas y de los boscosos desfiladeros, se abre bruscamente hasta el mar. Es el lugar llamado "El Pedimento" –amplio espacio rodeado de pinos y robles–, en el cual se detienen todos los peregrinos para cumplir ciertos ritos inesperados: decenas de hombres y de mujeres están allí misteriosamente ocupados en tareas cuyo sentido se comprende poco a poco, con la ayuda de detalles reveladores, pero que al comienzo no dejan de sorprender mucho. Un campesino bigotudo acaba de construir una bonita casa de muñecas con cortezas de árbol; una anciana deposita flores sobre el reborde del brocal de un pozo en miniatura recién salido de sus manos; unos jóvenes modelan animales en arcilla; unas muchachas confeccionan opulentas trenzas con agujas de pino; un viejo pide que se le venda una gallina y explica bondadosamente que para hacerlo sólo se necesita entregarle uno de los muchos frutos de pino esparcidos por el suelo. . .

La seriedad que preside estos extraños juegos es tan profunda que nadie piensa en sonreír, e intentando con inquietud interpretarlos, se termina por comprender que se trata de la figuración minuciosa de peticiones que cada uno viene a hacer a la Virgen. Esta explicación desorienta aún más, porque es claro que estas ceremonias no tienen nada que ver con el catolicismo. En efecto, el peregrino no se limita a configurar el objeto de sus deseos —lo que podría no ser más que un modo elemental de expresarse—, sino que manifiesta además una actitud puramente mágica: no ruega, actúa. En lugar de encomendarse a una potencia superior, se encarga él mismo de la realización de sus deseos, estableciendo, por la acción, contacto directo con el objeto, que se vuelve de este modo su propia cosa. Sólo en el caso de que el papel de propietario, por ejemplo, no fuera desempeñado con bastante convicción, la casa, el pozo o los animales se escaparían, y de ahí la seriedad intimidante de esta representación colectiva, que se nos aparece como un vasto drama de la autenticidad.

Es difícil imaginar un espectáculo más desconcertante que el de estos seres de aspecto normal conduciéndose como alucinados de un cuento fantástico. Una gorda campesina ofrece un puñado de bellotas alabando la frescura y el bajo precio de sus huevos; un joven con

aspecto de modesto empleado se pasea anunciando billetes de lotería y, a cambio de la envoltura de un paquete de cigarrillos que ofrece, se le pagará con una piedrita, que él a su vez examinará para asegurarse de la validez de la moneda; dos viejos discuten, en voz baja y densa, el precio de una vaca de barro; un fornido muchacho de unos veinte años arrastra muy seriamente detrás de sí el caballo que acaba de adquirir y que no es otra cosa, al extremo de un cordel, que una piña alargada; una matrona de mirada enérgica reclama un papel de garantía al vendedor de la máquina de coser hecha de arcilla; un joven tímido, arrodillado desde hace un momento, se aleja gravemente dando el brazo a una mujer invisible, mientras que una niña detrás de él levanta la cola de un vestido imaginario y un muchacho lanza petardos en señal de júbilo por el casamiento de su amigo; un cultivador que estimula con sus voces a bueyes de barro se muestra de pronto profundamente afectado, al enterarse de que su vecino no tiene más de ese hermoso maíz (trocitos de piedra blanca) con que él contaba para hacer sus siembras; dos mujeres que se pelean a propósito de un billete de banco representado por una caja de fósforos vacía. . .

Los peregrinos se renuevan sin cesar y se camina sobre capas de símbolos de deseos infi-

nitos ahora abandonados: frutos de pino, restos de animales y de casas, y otros que se han vuelto invisibles, como esos signos herméticos que una mujer terriblemente concentrada trazó durante un largo rato en la tierra. Cargados de flores silvestres, los peregrinos llegan cantando himnos y van a arrodillarse ante el santuario del lugar —unas ramas en pabellón, sin ninguna imagen religiosa— donde ellos cuelgan una primera petición. Los guijarros y las hojas de roble envueltos en viejos papeles amarillentos representan el dinero, y aparecen en gran cantidad. Hay también una hamaca con un bebé de celuloide; una casita de barro finamente modelada; los animales; las trenzas de agujas de pino; la imagen de un hombre desnudo; un tronquito rodeado de algodón, e infinitos paquetes que se depositan secretamente bajo las ramas cuidando que nadie descubra su contenido. Terminados estos preliminares, los implorantes se esparcen sobre la meseta para ponerse en seguida a la obra: nuevos deseos toman forma y el drama se representa una vez más con tanto ardor como los precedentes y como los que han de seguir.

Juquila se desborda. Una multitud compacta, que da una penosa sensación de cautiverio, se infiltra hasta los más secretos rincones. Los patios, los cuartos, las terrazas, las calles

están abarrotados de seres que cantan, duermen, comen, cocinan... y hay que hacer un verdadero esfuerzo para abrirse camino entre estas oleadas multicolores.

De tiempo en tiempo, una quincena de hombres en fila india irrumpe violentamente gritando: "¡Paso, paso!": es la policía formada por indígenas de los alrededores, en trabajo comunal. Marchan con gran rapidez; apenas se ha tenido tiempo de verlos cuando ya han desaparecido. Muy pequeños, llevan todos grandes sombreros de fieltro negro, camisas fulgurantes de satín verde, amarillo o solferino, y blanden machetes impresionantes por encima de sus cabezas.

Los robos, cometidos principalmente en el interior de la iglesia, son incontables, a pesar de que el cura ha subido varias veces al púlpito para poner en guardia a los fieles y expresar su reprobación de las malas ovejas. Todo el mundo habla del hurto en que el amigo es la víctima, y no es raro ver un hombre tomar una expresión de aturdimiento cuando lleva la mano al bolsillo para pagar una compra. Una yalalteca muy anciana llora desesperadamente, y cuando cuenta su infortunio —a su hijo le han robado todo lo que tenía— una mujer le aconseja enérgicamente ir a quejarse a la Virgen. En un corrillo, alguien explica con la mayor seriedad que la Virgen, con su infinita

bondad, satisface los votos de todos los peregrinos, incluso los de los ladrones.

El día mismo de la fiesta me fué imposible penetrar en la iglesia a causa de las orgías de adoración de que la Virgen era objeto. Mis tentativas de asistir al espectáculo fracasaron todas porque, al aproximarme a la puerta, me veía arrastrada por un desesperante remolino, del cual me liberaba con precipitación, palpitante el corazón como si hubiera escapado de grave peligro. (Supe después que el año anterior dos mujeres habían sido así aplastadas y muertas por la muchedumbre.)

El día siguiente, a pesar de ser todavía asiduamente visitada, la iglesia respira un triste abandono. El fervor caluroso de los días precedentes se ha congelado como la cera derretida de los cirios que ensucia enteramente el suelo. Los mismos sacerdotes continúan bendiciendo, pero tienen ahora como un azoramiento de bestias cansadas. Los sacristanes arrancan las velas con ademanes de sonámbulos y, en lugar de tener los brazos cargados de ofrendas olorosas, distribuyen flores y hojas secas a una masa ávida que se aprieta alrededor del altar para obtener una brizna de esta hierba que, por haber quedado algunos días cerca de la Virgen, se ha convertido en talismán que servirá a fines mágicos.

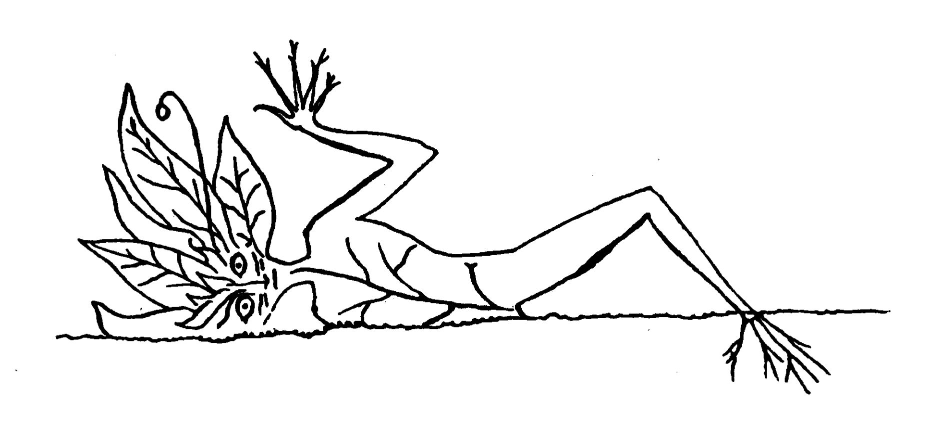


Imagen de zapotecas de hoy

Después de pasar un día en Miahuatlán perdiéndolo en investigaciones infructuosas para localizar pueblos de lengua zapoteca, tengo la suerte de conocer un matrimonio de indígenas bien dispuesto a orientarme sobre el camino que he de seguir. Evangelistas, como la médica que ha tenido la amabilidad de presentármelos, esta gente vive alquilando el terreno que rodea su choza a los innumerables mercaderes ambulantes que pasan por el pueblo. Verdadera posada de caravanas, la visitan constantemente hombres de gran sombrero de fieltro gris, vestidos de algodón blanco, que llegan y parten con sus animales pesadamente cargados. Interrumpidos sin cesar por las diferentes tareas de su oficio, mis huéspedes despliegan en

mi ayuda una actividad conmovedora: pasan minuciosamente en revista los pueblos de la región que hablan zapoteco, indicando para cada uno los artesanados, el tiempo y la manera de llegar, etc. Descarto aquellos que se encuentran a demasiada distancia y me quedo indecisa entre dos aldeas: Santa Lucía y Cuixtla, la primera por reunir calidades singularmente atrayentes, la segunda porque mis informantes conocen allí una familia a la cual pueden presentarme. Pero insisten en el carácter huraño de los habitantes de Santa Lucía y —aunque no creo en el relato de mujeres sacrificadas en un pozo, relato que tendré ocasión de volver a escuchar repetidamente— opto por Cuixtla.

Por muchas razones, será difícil encontrar a alguien que se dirija a ese lugar y que quiera aceptar mi compañía. Después de haber confiado mi maleta a un arriero, me recomiendan a una vendedora ambulante que ha venido por la mañana con su burro cargado de verduras y flores. Partimos, ya avanzada la tarde, y, después de vadear un río, penetramos en la soledad de las montañas desnudas. La marcha es extremadamente lenta a causa del viejo asno que, al decir de su dueña, que lo golpea y lo insulta a cada minuto, es muy perezoso. María, de edad indefinible, pies desnudos y rebozo que forma turbante sobre la cabeza, mues-

tra respecto de mí una desconfianza desdeñosa apenas velada. Es evidente que mi presencia en estos parajes es para ella tan maléfica como la de un alma en pena, y que sólo la acepta con repugnancia, mostrando con toda su actitud que no se engaña acerca de mi insólita condición. Me hace continuamente preguntas difíciles de entender, obligándome siempre a repetir varias veces las respuestas. Habiéndome preguntado cómo me llamo, agrega en seguida, con tono falsamente apenado: "Pero es verdad... tú no debes tener nombre... tú..."; y cuando, a su pedido, le digo mi edad, contesta como si repitiera: "Ah, ¡setenta años!", con la mayor naturalidad, lo que no deja de inquietarme. A pesar de esto, experimento una profunda alegría ante la idea de recorrer los ocho kilómetros que nos separan del pueblo, como si caminando por las veredas de estas montañas secretas, al lado de esta mujer primitiva y de su asno nostálgico, tuviera que acabar por alcanzar quién sabe qué suprema revelación.

Encaramada en lo alto de una montaña, Cuixtla no tarda en aparecer, pero marcharemos mucho tiempo todavía sin que parezca acercarse. María siente un placer evidente en asustarme hablando de la noche que se acerca, de la ferocidad de los perros del pueblo, de raptos de mujeres. Este último tema parece

procurarle una particular alegría, porque termina todas sus frases con un: "Vas a ver cómo te van a robar..." subrayado con una risa insoportable. Además, declara de pronto que me va a abandonar, porque su casa se encuentra del lado opuesto al lugar en donde debo solicitar asilo. Me digo que, cuando la oscuridad sea completa, seré incapaz de avanzar un metro sobre el lecho del torrente que seguimos y me pregunto con aprensión qué va a ocurrirme. Es verdad que hay hombres que regresan al pueblo, pero no me decido a dirigirme a ellos porque siempre cambian bromas con María, a mis expensas sin duda. Reuniendo todo mi valor, interpelo a un joven arriero, pero él apresura el paso sin responderme. María le grita algunas palabras y me traduce con satisfacción la breve frase lanzada desde lejos por el muchacho: "No quiere ayudarte porque le das miedo...", y en seguida ella me abandona sin mirarme. Me inmovilizo, llena de pánico. De pronto veo acercarse una caravana y, escrutando ansiosamente las bestias, descubro una de ellas cargada con mi maleta: siento impulsos de gratitud hacia mi pequeña valija que se me aparece como cargada de un poder mágico benévolo. La sigo en la oscuridad, golpeándome contra las piedras y tropezando en los baches, y poco después nos encontramos frente a la casa de los Pacheco.

En la oscuridad del patio, torpemente, doy explicaciones a personas que no veo. Vengo a instalarme en casa de gentes que no sospechaban mi existencia hace unos minutos y a las cuales me presento con frases imprecisas, mencionando nombres que en parte he olvidado. Una vez que me hacen entrar y puedo ver las caras, me siento más segura y se establece inmediatamente un grato contacto. El dueño de casa, con rasgos de urna precolombina, es cordial y bondadoso, así como su mujer, con sus cabellos de blancura deslumbrante y su sonrisa traviesa; el hijo, pequeño y de forma cuadrangular, la nuera, con aire de niña, y sus cuatro hijos. Las maneras dignas y desenvueltas de estos evangelistas zapotecas me sorprenden profundamente. Ellos se dan cuenta de que no soy una correligionaria, pero no por eso cambia su actitud. Me ofrecen una infusión de hierbas aromáticas, me preparan laboriosamente una cama —unas tablas más o menos en equilibrio sobre un banquito y varias gruesas piedras cubiertas con un petate—, y todo el mundo se acuesta en la misma pieza, sumergida en oscuridad total. A pesar del bonito cojín que me han dado, en el que están bordados dos pájaros que sostienen tiernamente en su pico las palabras: "Duerme, amor mío", no puedo cerrar los ojos en toda la noche. Dolor de cabeza, frío, pulgas, ladridos,

llantos de los niños, conversaciones, al alba, de los hombres de la casa que se marchan al molino.

Como todas las familias de Cuixtla, los Pachecos poseen tanta tierra como pueden cultivar —la mano de obra es imposible de conseguir en estos pueblos de economía primitiva— y son, además, propietarios de un molino de nixtamal que los coloca entre las gentes de buen pasar. Dos pequeñas construcciones de mampostería son, de un lado del patio, la pieza donde se duerme y donde está guardado todo lo que se posee —hay allí verdaderos tesoros: un reloj de péndulo, una máquina de coser, un fonógrafo viejo—; del otro, la cocina, con su gran fogón, cerca del cual está uno casi siempre. La huerta, la más hermosa de esta localidad renombrada por sus plantas, es un caos viviente, donde resulta difícil abrirse camino porque los cafetos, los plátanos, los naranjos, los limoneros, los durazneros, las violetas, los rosales, los geranios, las orquídeas, crecen allí los unos sobre los otros en un desorden encantador.

Doña Gregoria, la adorable dueña de casa, reina sobre todas las cosas con una vivacidad y una gracia irresistibles. Su rostro fino, enmarcado por cabellos de una blancura de nieve y coronado por el rebozo, evoca una hindú

de alta casta. La admiro moviéndose elegantemente en el patio, atenta a todo lo que pasa, siempre ávida de comprender y percibiendo multitud de cosas invisibles para los demás. Es el núcleo vibrante alrededor del cual el resto de la familia vive su apacible existencia. Las tareas no son excesivas y, no pudiendo buscarse ninguna distracción fuera de la casa, se procura en lo posible estar estrechamente reunidos —los niños siempre en brazos de los grandes—, en interminables charlas. Doña Gregoria es inagotable con sus recuerdos y sus apreciaciones, que todos escuchan con gran interés. Don Enrique, que en presencia de su mujer parece estar siempre como asistiendo a un prodigio, sigue sus historias, boquiabierto, exhalando unos "¡Ah!..." profundos de niño maravillado.

Pero fué durante los paseos que se hicieron en mi honor, a través de la aldea poblada de árboles majestuosos y de pequeños manantiales bienhechores, cuando mejor pude apreciar el carácter de esta encantadora pareja de abuelos. Sienten placer por todo y nada escapa a su observación: plantas de maíz que han crecido demasiado; un árbol amenazado por un fruto parásito, cuyo color, por otra parte, no dejan de admirar; un muro que habían visto "vestido" de hierbas y que, con sorpresa, descubren ahora todo desnudo; la miel que se

prueba con recogimiento como en un ritual; el cementerio donde se pasean alegremente, de una tumba a otra, evocando recuerdos divertidos; el recorrido que harán los burros que descienden el camino; una roca en la que se me señalan hojas petrificadas.

Gregoria es una informante ideal, y no dejo nunca de explotarla. Un día que compraba un pollo, por ejemplo, me reveló las propiedades de las gallinas negras. Aprendí así que las fiebres perniciosas se curan aplicando sobre el vientre del enfermo una gallina negra cortada en dos y todavía palpitante. No dudando de la eficacia de este remedio, doña Gregoria me dice, además, que, empleado en forma diferente, este animal constituye un tratamiento infalible contra ciertas infecciones específicas. En estos casos, la curandera y la madre o la mujer del paciente deben ir hasta la cima de una montaña lejana para comer allá una gallina negra en compañía de la divinidad del lugar.

Otra vez, en la oscuridad de la pieza en donde estábamos acostados, me dió a conocer ciertas extrañas costumbres de los habitantes de Cuixtla. Hacia las once de la noche, el perro se puso a ladrar con furor tan persistente que, temiendo la presencia de un animal dañino, el joven Crescencio salió para cerciorarse de lo que ocurría. Regresó casi inmediata-

mente diciendo: "No es nada... Son hombres que llaman a un muerto" y se acostó tranquilamente. Para no turbar el sueño de los niños, no me atreví a pedir explicaciones, pero al cabo de algunos minutos se hizo escuchar la voz alta y sonora de Gregoria: "Doña Laura... ¿En Francia también tienen la costumbre de llamar el espíritu de un hombre que se va a morir?" Y con el tono alegre y vivaz que le es propio, me explica esta curiosa costumbre. Cuando una persona está muy enferma, se piensa que es a causa de que su espíritu, a consecuencia de un gran miedo, ha quedado prisionero en alguna parte. Los parientes y los amigos del moribundo van entonces en su búsqueda y recorren el pueblo durante horas, deteniéndose en los lugares estratégicos donde los llamados pueden oírse desde lejos. Se grita el nombre del paciente, se silba de una manera estridente y se intenta, por medio de elocuentes discursos, convencer al espíritu para que vuelva a su cuerpo. Gregoria agrega que, como la gente de Cuixtla viaja sin cesar, es frecuente que un individuo muera por haber perdido el alma en un camino solitario. Aprovechando la ocasión, Gregoria habla de los tiempos en que ellos también iban a vender las flores y las frutas de su jardín a mercados por lo común situados a varios días de camino, evocando con verdadero talento de narra-

dor las bellezas del paisaje y las penalidades sufridas.

Una noche que estábamos perezosamente reunidos alrededor del fogón esperando el momento de irnos a dormir, se habló de una parturienta en términos que me intrigaron. Después de pedir explicaciones con insistencia, y gracias al vivo apoyo de Gregoria, se terminó por acceder a mi deseo y escuché así una detallada relación de los rituales y los tabús a que es sometida la mujer que trae un niño al mundo. Esta vez, la informante principal fué una vieja pariente que hablaba español con dificultad y que varias veces había asistido personalmente a estas ceremonias. Se vió interrumpida a cada instante por las risas y las apreciaciones irónicas de los Pachecos, que manifestaban así una vez más la curiosa duplicidad interior, tan frecuente en los pueblos, hacia las supersticiones y las creencias antiguas: una actitud de librepensadores que no excluye de ningún modo la aceptación de hechos que implican la fe más profunda.

Durante cuarenta días después del alumbramiento, al mujer no puede salir de su casa más que para tomar baños de vapor en el temazcal,[1] con el cual se comporta ella como si

[1] El temazcal, baño de vapor, es sin duda alguna de origen precolombino. Además de las pruebas arqueológicas, tenemos a este respecto las observaciones de los

se tratara de una divinidad. Terminado su aislamiento y antes de volver a su vida normal, tendrá que cumplir ciertos ritos; entre ellos, la última visita al temazcal reviste una particular significación. Irá a despedirse de él acompañada de su marido y de su madre, debiendo ésta oficiar en esta ocasión solemne. Es en efecto la madre quien tendrá que repartir la comida ceremonial entre los asistentes, abrir en la tierra los agujeros por los cuales el temazcal absorberá las alimentos ofrecidos, y dirigir a esta entidad mágica los últimos ruegos concernientes al porvenir de su hija y del recién nacido. Una vez alimentado el temazcal, se comerá siguiendo reglas que sería peligroso violar: no beber, para evitar que el niño se ahogue; cuidar meticulosamente que no caiga ninguna partícula de alimento, para que el niño no sufra enfermedades de la piel; no fumar, si no se quiere que los dientes del niño se piquen. Por otra parte, un frijol que ruede por el suelo presagiaría ineluctablemente que el niño será con el tiempo un vagabundo a quien

cronistas que nos hablan de esa antigua costumbre. Así, por ejemplo, el P. Fr. Juan de Córdoba: "Cuando la parida había de entrar en el temazcal a acabarse de mondificar con los sudores, primero hacían adentro ciertas ceremonias, como quemar incienso y derramar su vino, y encender candelas después que los usan." *Arte del idioma zapoteca*, Imprenta del Gobierno, Morelia, 1886, p. 216.

nadie podrá retener en su casa... Terminada la comida, se dispone a la entrada del temazcal un recipiente lleno de agua destinada a los "angelitos", que sin esta precaución no tardarían en hacer morir al recién nacido, y se deja el temazcal haciéndole notar una vez más que, como sus servicios han sido bien retribuídos, él tiene que comportarse debidamente con el pequeño y con su madre. Al día siguiente, se volverá una vez más para limpiar a fondo el temazcal y dejarlo disponible para una nueva cura: se colocará a la entrada un petate nuevo y sobre él tres velas y unos pedazos de copal (siete para la primera vela, nueve para la segunda y trece para la última); después se cerrará con ramas, a fin de indicar que el temazcal no podrá ser ocupado por nadie antes de los tres días, porque sólo entonces habrá terminado él con su enferma.

La nueva madre va después al río a "pedir permiso" al agua, que ella no ha tocado desde su alumbramiento. Se lavará las manos, los brazos y la cara, murmurando al líquido precioso que, siendo ahora pura, no puede ya contaminarlo.

Sigue luego la visita a la iglesia, donde delante de cada santo se frota el cuerpo de la madre y del niño, para limpiarlos de las enfermedades, con las flores y los cirios llevados en ofrenda. Después de cada "masaje" se pide

que tal o cual infección "se quede aquí y no me acompañe..." como si, permaneciendo a flor de piel, pudiera de esta manera ser eliminada.

En seguida, llevando siempre flores y cirios, van al cementerio a presentar el niño a los parientes difuntos: "Te lo he traído para que lo veas –explica la madre delante de cada tumba–; te pido que lo protejas y no le hagas daño. Gracias."

El final de la mañana –a la sombra bienhechora de un mango– es propicio a los coloquios. Los hombres han terminado su tarea en el molino y las mujeres se han liberado de la cocina porque ha acabado la comida más copiosa del día. Doña Gregoria cose, interrumpiéndose a cada instante para intervenir en todos los movimientos de la casa; don Enrique, aliviado de sus burdas sandalias, con las piernas sobre un banco y las manos cruzadas sobre el pecho, sigue el parloteo de su mujer con expresión que parece representar con bastante exactitud la felicidad total; Crescencio, con uno de sus hijos atado a la espalda por medio de un rebozo, observa con plácida sonrisa el grave desfile de los pavos, la agitación inquieta de los pollitos o el juego silencioso de sus niños. Como siempre, intento extraer de ellos algunas informaciones y me entero de la

existencia de ritos mágicos en honor de la tierra. Después de la cosecha, por ejemplo, se "le dan las gracias" ofreciéndosele un banquete ceremonial que se introduce en un agujero practicado en medio del campo. Por otra parte, cuando se desea construir una casa, se comienza por pedir "el permiso" a la tierra, rociándola con la sangre de un pavo degollado.

A propósito de la traducción zapoteca de algunas palabras, se pasa a hablar de *tonos*, como se llama aquí el *nahual*, y me deleito con las historias que me cuentan.

Este doble que cada individuo posee es, quizás, el más arraigado y el más ampliamente conocido de los conceptos prehispánicos, y no hay cronista que, impresionado por la fuerza de esta creencia, no haya hablado de ella. Es así, por ejemplo, como Ruiz de Alarcón explica su origen:

> Cuando el niño nasce, el demonio, por el pacto expreso o tácito que sus padres tienen con él, le dedica o sujeta el animal que el dicho niño ha de tener por nahual, que es como decir por dueño de su natividad y señor de sus acciones... y en virtud de este pacto, queda el niño sujeto a todos los peligros y trabajos que padeciera el animal hasta la muerte. Y al contrario, hace el demonio que el animal obedezca siempre al man-

dato del niño o bien el mismo demonio, usando del animal como instrumento, lo ejecuta.[2]

Aquellos que tienen el rayo por *tono* son evidentemente los más peligrosos porque se sirven de él cuando se les antoja. Pero existe felizmente un truco muy eficaz para frustrar las malas intenciones de tales individuos, y me lo explican mencionando el nombre de varias personas así salvadas. Se trata simplemente de encerrar el rayo, en el momento justo en que cae a tierra, en un recipiente cualquiera, con tal que se pueda tapar bien. Una vez prisionero, el rayo se convierte en una minúscula lagartija, y el hombre cuyo doble es así capturado sufrirá el destino reservado al pequeño animal.

Todo está tan intrincadamente unido al pasado que, después de mis observaciones directas, pude comprender mejor el sentido de ciertos relatos antiguos, como el que aquí transcribo:

Hay pueblos en que, cuanto truena, se juntan en el patio de la iglesia para gritar y llaman al mayor para que lleve las llaves y encierre el rayo en la cárcel, estando otros prevenidos con machetes para pegarle a dicho rayo, que es el *contrario*, según dicen, por si acaso quisiese caer sobre ellos. En los pueblos de. . . hubo hace poco

[2] Hernando Ruiz de Alarcón, *op. cit.*, p. 133.

un gran pleito por causa del rayo. Estos dos pueblos se amenazan frecuentemente el uno al otro con la caída de los rayos, y habiendo caído uno de éstos en Cotzocon. . . , mató a tres hombres de este pueblo, y con este motivo hubo un pleito muy serio con los de Candalloc.[3]

El viento es igualmente un *tono* muy respetado, así como las serpientes de agua, que provocan las tempestades devastadoras. Pero los daños causados por estas potencias pueden ser detenidos por ciertos curas que poseen el secreto de conjurarlos.

Es curioso observar que el poder que se atribuye hoy al sacerdote era, antaño, la actividad de magos experimentados cuya corporación parece haber sido importante, según se desprende de las siguientes notas:

Hay otros que llaman Teciuhpenque. . . que ahuyentan las nubes y las conjuran. . .[4]

En estos pueblos había hasta número de diez destos conjuradores. . . unos conjuraban con soplos a unas y otras partes, y movimiento de cabeza que parecían locos, con tanta fuerza y violencia para que con aquellas acciones se apartasen los nublados y tempestades a una y otra parte. . . Otro

[3] Eulalio Gillow: *Apuntes históricos*, Imprenta del Sagrado Corazón, México, 1880, p. 209.

[4] Don Pedro Ponce: *Breve relación de los dioses y ritos de la gentilidad*. (Principios del siglo XVII.) *Anales del Museo*, t. VI, p. 10.

conjuraba con una culebra envuelta en un palo, y esgrimía con ella hacia la parte de los nublados, y tempestades con soplos y acciones de cabeza y hasta palabras: "A vosotros, los señores Ahuaque y Tlaloque —que quiere decir truenos y relámpagos— y comienzo a desterraros para que os apartéis unos a una parte y otros en otra." [5]

Todo el mundo en el pueblo conoce un ciudadano, muy católico por cierto, que mantiene relaciones constantes con una serpiente que habita una cavidad del río y a la cual el hombre lleva regularmente ofrendas de alimentos. Su situación económica cambió por completo tan pronto como tuvo la suerte de conocer su *tono*, y es él el primero en decir que es gracias a la ayuda de su extraño benefactor como pudo comprar el par de bueyes que posee y construir su casa. Me dicen también que hace poco se asistió en la calle a una escena muy edificante: una mujer cayó dando gritos de dolor y, cuando se la quiso socorrer, explicó que su *tono* acababa de ser herido. Para curarla, se hizo entonces un disparo de revólver al aire, se lavó el cañón del arma con agua que se dió en seguida a beber a la mujer, quien, cuando hubo absorbido el brebaje,

[5] Dr. Jacinto de la Serna: *Relación auténtica de las idolatrías, supersticiones, vanas observaciones de los indios del Obispado de Oaxaca*, *Anales del Museo*, Época I, t. VI, p. 290.

quedó restablecida. Para casos como éste, así como para otro que Gregoria conocía directamente por su abuela —la cual, siendo niña, fué paseada por el cielo por una amiga que tenía *tono* de nube—, los Pachecos cambian de actitud, viéndose honradamente obligados a reconocer que no se trata de simples cuentos, sino de hechos auténticamente comprobados.

Tres personajes harapientos hacen su aparición en el patio: un hombre como de cuarenta años, hirsuto y musculoso, y una joven pareja de aspecto salvaje pero sonrientes. Venden maíz y, después de una breve discusión acerca del precio, la mercancía pasa del costal de los vendedores a las canastas de los Pachecos. Como piden algo de comer, doña Gregoria les hace entrar en la cocina donde ella actúa como etnóloga esperando que los frijoles se calienten y me trasmite a gritos, riendo, las informaciones que recoge. Los recién venidos son de Santa Lucía, la aldea en donde se asegura que se hacen todavía sacrificios humanos, y con la rara ilación de ideas que le es habitual, Gregoria tiene la inspiración de hacerles preguntas a propósito de los *tonos*. Nos enteramos así que en Santa Lucía, cuando se espera el nacimiento de un niño, se rodea la casa con un cinturón de ceniza sobre el cual, una vez llegado el recién nacido, se busca la huella del animal que pasó por allí y con el que

el nuevo ser humano quedará ligado toda su vida. Cuando el niño tiene ocho meses, se le lleva durante la noche a la montaña, y se le deja solo para que trabe conocimiento con su *tono*. Se han visto, así, niños en compañía de tigres, águilas o serpientes, sin que sufrieran ningún daño.

Encontramos por suerte una explicación lógica del singular comportamiento de estos animales salvajes en los escritos del muy serio y muy erudito Francisco de Burgoa (1605-1681):

> ...y era forzoso que vea y comunique al animal de su suerte y fortuna... y lo llevan al lugar señalado de su adoratorio para que haga su sacrificio y el demonio le trae un animal de aquella especie, tan manso y reducido que aunque sea un león o culebra se muestra tan dócil que le obligan al muchacho que lo abrace y hable como a su familiar...[6]

Después de las horas soñolientas de la tarde, que se pasan en siestas y en trabajos menores, se reúnen todos en el patio para respirar la brisa del crepúsculo. Vuelvo de la huerta con una gran canasta de café que acabo de cosechar y me siento sobre un petate, cerca de don Enrique, el bienaventurado. La extraña

[6] Francisco de Burgoa: *Geográfica descripción*, Archivo General de la Nación, México, 1934, p. 317.

voz de un caracol marino se expande sobre el pueblo, y don Enrique me explica pacientemente su significado: se llama al pueblo para asistir a los actos rituales en honor de la "Flor de Fandango", hierba de poderes mágicos que el "Tesorero de la Bandera", tras una ausencia de dos días, ha traído de una montaña lejana y de difícil acceso. Desde ayer, ceremonias y reuniones se suceden para preparar las fiestas solemnes que tendrán lugar mañana en ocasión de elegirse el nuevo guardián de la bandera. Colocada bajo un arco de triunfo y al son de una orquesta, la "Flor de Fandango" recibe durante toda la noche las ofrendas de los aldeanos. Al día siguiente, será repartida en pequeños ramos durante la comida que el Tesorero ofrece a todo el pueblo antes de entregar la bandera a su sucesor.

Al día siguiente, en casa del Tesorero, las diversiones fueron numerosas. Después de lanzado al aire un enorme globo multicolor que atrajo la admiración de todos, comenzaron las danzas. Bajo sus inmensos cascos emplumados, los danzantes golpean pesadamente el suelo, siguiendo los sones lentos y acompasados de la banda. Una decena de individuos con máscaras que figuran hombres y mujeres muy blancos, con muecas distinguidas y mundanas, divierten al auditorio con sus bromas infantiles. Se distribuyen bebidas entre la concurrencia

que, sentada en círculo bajo el sol, que castiga duramente, sigue con atención los números, silenciosa e impasible.

Mirando a estos seres que viven según un ritmo y una tradición que se remonta a edades desaparecidas, tiene uno de pronto la sensación de encontrarse en otro planeta. ¿Dónde situar estas comunidades en la evolución del hombre? He aquí más de dos millares de personas organizadas como una gran familia, formando una masa compacta que se mueve armoniosamente, sin que sea posible salir de la órbita trazada, fuera de la cual el individuo se sentiría perdido. ¿Es ésa una forma de vida mejor que la nuestra, es decir, más propicia al desarrollo y a la realización plena de la conciencia personal, o un estado que debe superarse? Y, cualesquiera que sean su valor y su encanto, ¿qué destino está reservado a estos grupos que producen apenas lo necesario para vivir, para los cuales el tiempo no existe, y que derrochan de esta manera posibilidades infinitas, en un mundo que crece vertiginosamente y donde el organizar racionalmente la producción es una cuestión de vida o muerte para todos?

Y llegó el momento de partir. Señorial como siempre, don Enrique se ofende con mi proposición de pago, declarando que el pla-

cer de haber tratado a una persona que les ha hecho conocer cosas que ellos ignoraban compensa ampliamente lo poco que me han ofrecido. Me hace feliz el haberles persuadido a venirse conmigo hasta Oaxaca para visitar Monte Albán, que no conocen, proyecto que me permite estar tres días más en su compañía.

En la ciudad se conducen a la perfección. Su falta absoluta de vulgaridad, así como la espontaneidad de sus reacciones, los hace sentirse en todas partes como en su propia casa. Mantenían hacia los demás la misma actitud que en su pueblo, donde el anonimato no existe: hablaban fácilmente con los vecinos del autobús o del restaurante, en los que veían verdaderos prójimos; se dirigían a los mozos de café como a amigos, agradeciéndoles siempre con efusión la ayuda que tenían la amabilidad de prestarnos al servirnos la comida; se excusaban dando explicaciones, cuando tenían que declinar un ofrecimiento cualquiera, ya viniera de un vendedor de periódicos, de un cargador o de un limpiabotas.

En Monte Albán estuvieron encantadores: se interesaron en todo con una espontaneidad verdaderamente extraordinaria. Pocas veces he visto una atención tan sostenida y penetrante. La visita duró más de cuatro horas, sin que el interés y alegría que los animaba disminuyera un minuto.

La vista de conjunto de la Gran Plaza de la ciudad arqueológica les arrancó por largo rato exclamaciones de admiración. No se esperaban que fuese tan imponente y jamás habían imaginado que construcciones antiguas pudiesen tener escaleras. Subieron a cada templo, visitaron todos los túneles, miraron cada línea grabada para descubrir su significado, haciendo siempre observaciones de una justeza sorprendente. Los dejaba a veces explorar solos algún edificio y observaba desde lejos con ternura moverse sus siluetas entre las ruinas: Gregoria, vestida de satín rosa, su rebozo azul a manera de turbante que le caía sobre la espalda; Enrique, sombrero de fieltro gris de anchas alas, camisa malva, pantalones blancos muy estrechos en los tobillos, gruesas sandalias de montañés. Un grupo de norteamericanos los fotografió sin que ellos prestaran la menor atención. Eran infatigables: iban de una casa a otra hablando siempre con animación, señalando con el dedo, inclinándose o levantándose de puntillas para ver mejor algún detalle, y no descendían hasta que no hubieran explorado el último rincón. Todo vivía alrededor de ellos: los obreros que en épocas remotas habrían debido transportar las piedras para estas construcciones; el poderío de los reyes que habían habitado estos palacios; las hierbas y las flores que crecen entre las ruinas y

que Gregoria arrancaba elogiando su belleza o sus propiedades medicinales; la pureza del cielo; la manera de trabajar de los arqueólogos; los gastos del gobierno para realizar estos trabajos. . .

Habiéndoles yo explicado que son principalmente los objetos encontrados en las tumbas los que han permitido conocer algo de la vida de los antiguos zapotecas, Gregoria exclamó sorprendida: "¡Pero entonces tenían las mismas costumbres que en Cuixtla!" y, a la sombra de una columna, me dió toda una clase de etnología. Cuando murió muy anciano un hombre que había vivido largo tiempo con ellos, el hermano de Enrique puso en su féretro la gran barrera de hierro que le había servido en los trabajos del campo diciendo: "Cuando Dios vea que él ha trabajado tanto, no lo mandará a quemarse en el infierno."

Con más suerte que yo, un monje del siglo XVII consiguió que sus informantes le explicaran esta costumbre mortuoria:

. . .sexta clase de superstición que hacen, es. . . enterrar sus difuntos con los instrumentos que usaban en su trabajo, cuando eran vivos, y unos dan por razón que los necesitan para trabajar con ellos en el infierno, y otros dicen que en el infierno está una demonia. . . y que ésta, a los que se entierran con dichos instrumentos, no ator-

menta allá; pero a los que se entierran sin ellos, los atormenta mucho.[7]

En el ataúd de un vendedor ambulante se colocan, en cambio, dos burros de madera, una calabaza de agua y una canasta de provisiones, todo en miniatura, como de juguete. La importancia que los indígenas dan a estas ofrendas es decisiva para la vida futura del muerto. Se explica la frecuencia con que el médico rural, cuando les reprocha que no hayan observado sus prescripciones, recibe esta contestación: "Si compramos los remedios, ¿con qué pagamos el entierro?"

Gregoria, muy divertida, cuenta que su madre solía confiar granos de cacao a todos los muertos conocidos, rogándoles le hiciesen el favor de entregarlos a algún pariente difunto. Cuando preguntaban a la anciana por qué no enviaba monedas verdaderas, respondía que "las almas no aceptan nuestro dinero; ellas no usan más que granos de cacao para sus gastos". Como se sabe, "...en esta Nueva España tenían el cacao por dinero",[8] y la madre de Gregoria estaba iniciada en una tradición que evidentemente no transmitió, porque su hija no

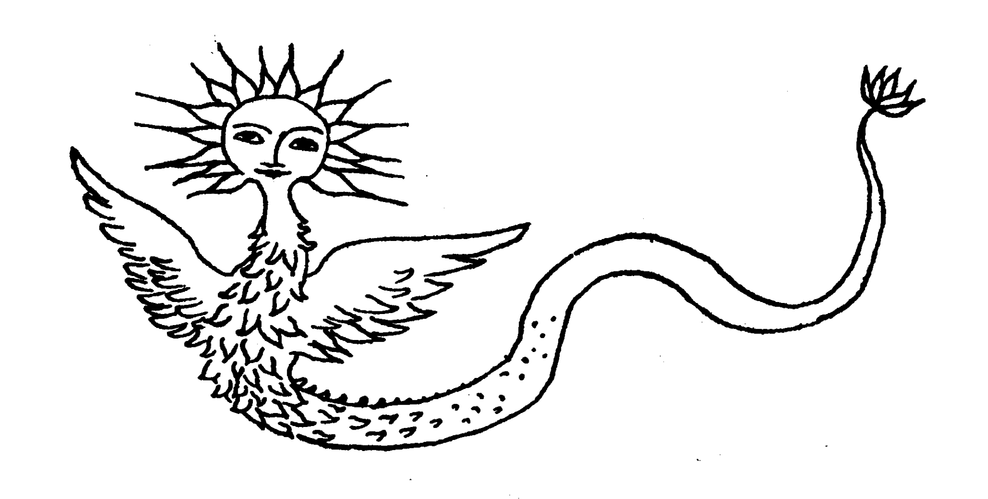
[7] Pbro. Villavicencio: *Luz y método*, 1700. Citado por Gillow en sus *Apuntes históricos*, p. 86.

[8] Juan de Torquemada: *Monarquía indiana*, Madrid, 1613, t. II, p. 579.

hace más que reírse de este procedimiento que encuentra absurdo.

Al sorprender más tarde a Enrique explicando con vivacidad a su mujer algunos términos zapotecas, me dije que, habiendo adquirido una idea de la grandeza del pueblo al cual pertenecen, su lengua tendría desde ese instante un significado y un prestigio que hasta entonces no le habían reconocido.

Como les reproché en broma el no haber visitado antes su capital, ellos, confundidos, intentaron darme excusas. De pronto, Gregoria pidió beber del agua de una cubeta que un albañil que reconstruía un muro tenía cerca de sí. Inquieto por este singular deseo, Enrique le preguntó afectuosamente si no podía esperar a que llegáramos a la ciudad para calmar su sed y Gregoria, con gesto gracioso y con una sonrisa que hizo resplandecer sus dientes magníficos: "Oh, sí. . . ¡Era nada más para beber agua de Monte Albán!"



Muerte y brujería

CIERTOS ancianos de Yaitépec relatan las hazañas de un gran personaje que sus padres tuvieron la suerte de conocer personalmente. Dicen que era un mago de sabiduría infinita y al cual se debe, entre otras cosas, la actual prosperidad del pueblo. En efecto, desde tiempos inmemoriales se sabía que dos serpientes recorrían constantemente el río que enlaza las altas montañas de la región, pero a nadie habían sido aún reveladas las propiedades sobrenaturales de esos animales. Sabiendo que se trataba, en realidad, nada menos que de Serpientes en Flor (que se distinguen de las otras por tener la cola ornada con una bella rosa siempre fresca) nuestro héroe concibió el de-

seo de convencerlas de que abandonasen sus vagabundajes para instalarse en Yaitépec. Los ancianos de mucha experiencia, a los cuales él comunicó sus intenciones, dudaron de la realización de un plan tan ambicioso, pero prometieron, no obstante, su apoyo. Y una noche, después que todos los hombres del pueblo —siguiendo minuciosamente las prescripciones del jefe— se hubieron reunido en cierto punto del río, provistos de cirios "de dos libras de cera muy pura", las Serpientes en Flor consintieron misteriosamente en quedarse en Yaitépec. Desde entonces, todos los años, en el mes de mayo, la población entera se reúne en el lugar llamado Las Siete Profundidades —domicilio de las entidades protectoras— con ofrendas de flores, comidas suculentas y gallinas vivas, que cada uno arroja al río murmurando rogativas y agradecimientos conmovidos.

Además de estos patrones —¿o será también gracias a ellos?— Yaitépec tiene la suerte de poseer una tierra que, ayudada por las nubes que cada tarde la envuelven, produce maíz, legumbres, frutas y flores en abundancia. Y esta tierra generosa es de todos: después de haber elegido un terreno donde buenamente le parece, el hombre de la comunidad no tiene que adoptar otra disposición que colocar piedras que indiquen que esa tierra ya no es libre.

Las chozas que se descubren al fondo de las huertas opulentas respiran calma. Experimenta uno la clara sensación de encontrarse en el seno de un todo armonioso; el niño de anchos ojos graves, la mujer reflexiva, el muchacho a caballo o el anciano sereno que se calienta al sol parecen parientes cercanos de las flores, de los pájaros, de los pinos y de las soberbias montañas que rodean el pueblo. Existe además en Yaitépec una costumbre que parece dar realidad física a este parentesco presentido. Es la práctica de enterrar el cordón umbilical de todo recién nacido en una elevada cima de los alrededores, con un retoño: el individuo así "sembrado" crece al mismo tiempo que el árbol que él considerará como su doble.

Esta visión edénica está desgraciadamente alterada por un fenómeno que uno se esfuerza en vano por comprender: este grupo que posee todas las ventajas –incluyendo la de encontrarse a cuatro días de caballo del último autobús y de toda "civilización"– y cuya vida económica y social parece regirse por una profunda sabiduría, conoce más homicidios que un desheredado suburbio de gran ciudad donde florece ignominiosamente la injusticia. Nada más inquietante que estos crímenes perpetrados en medio del esplendor de los paisajes y en el seno de una tranquilidad arcaica donde

nada permite explicar lógicamente el odio y la violencia; pero lo cierto es que trece asesinatos se han cometido en 1952 en este pueblo de 2,000 habitantes (cuya mortalidad total fué de veinte casos en ese mismo período), y que en el distrito del cual depende Yaitépec —formado por aldeas todas igualmente atractivas— es donde se registra la mayor proporción de homicidios de México.

A consecuencia de una muerte cometida hace cinco años, el pueblo se dividió en dos grupos contrarios que intentaron desde entonces, metódicamente, exterminarse. El mecanismo de esta voluntad destructiva es de una terrible simplicidad: a pesar de tratarse de un sujeto de una brutalidad indignante —cuyo deporte favorito consistía en cortar el mayor número posible de manos— esta primera víctima puso a su grupo en la obligación moral de castigar al culpable, ya que toda otra justicia se desconoce en estos parajes. Las muertes por vengar, más y más numerosas, hacen imposible detener estas matanzas que la tradición exige y que parecen tan fatales como los sacrificios humanos de ciertas religiones. ¿Debemos ver en estos criminales, como en la mayor parte de los de las grandes ciudades, a las víctimas de un estado de cosas que pesa sobre ellos —se trataría aquí de creencias antiguas que si-

guen imponiendo sus leyes y de las que habría que liberarlos—, o se debe tristemente admitir la existencia en el hombre de malos instintos, independientes de las circunstancias? De todos modos, los problemas que plantean estos grupos, todavía inocentes de los pecados de nuestras sociedades, son mucho más espinosos de lo que uno esperaría. Pero vayamos a los hechos.

Un mes antes de mi llegada, fué asesinado el ciudadano más respetable del pueblo, y a la noche siguiente, el miembro de su familia a quien correspondía castigar el crimen fué a hacer dieciséis disparos de revólver a través de la puerta cerrada de cierta casa. Una niña de doce años murió alcanzada por varias balas en la cabeza y en el pecho, y su padre siguió la misma suerte después de haber hecho inexplicablemente una vida "normal" durante quince días con una bala en la cabeza. La víspera de mi llegada, mataron a un muchacho de veinte años, y su hermano, de diecinueve, pasó la noche dominado por una violenta sed de venganza: dió muerte a dos bueyes y dos perros en casa de gentes que habían tomado la precaución de esconderse; disparó su revólver a través de puertas cerradas —por puro azar no corrió sangre esa noche—, rompió todo lo que encontró a su alcance y se llevó un bote de manteca de la choza donde su hermano había

bebido antes de desaparecer. Vi a las víctimas de estas últimas fechorías —dos mujeres, un niñito y una niña— en casa de los misioneros norteamericanos que visité. Temiendo un nuevo atentado, las mujeres habían venido a pedir asilo en este hogar que, por misterioso acuerdo tácito, es una "tierra de nadie" que todos respetan y gracias a lo cual se han salvado muchas vidas. (Esta pareja de evangelistas, tan cándidos como pequeños *boy-scouts*, moviéndose plácidamente en una atmósfera de terror, daban al conjunto la nota cómica que intensifica el drama.)

Los heridos de los dos bandos ocurren a ellos, y es admirable ver cómo esas carnes atrozmente despedazadas y remendadas con medios tan elementales, acaban por revivir. No hay fiesta que no traiga su cosecha de manos cortadas y heridas en todo el cuerpo, y raro es el individuo que no muestre huellas de esos momentos en que el alcohol circula más libremente que de costumbre. La vista de tantas cicatrices termina por obsesionar, y el machete por inspirar el mismo temor irracional que la serpiente o el escorpión de las selvas tropicales, que uno imagina siempre arteramente dispuestos a atacar.

Una amplia actividad de magia negra viene a agregarse a estos tristes hechos: los al-

deanos recurren con lastimosa frecuencia a los brujos que provocan muertes e infortunios. En caso de enfermedad, por ejemplo, el curandero no tarda nunca en reconocer que se trata de la acción nefasta de algunos de sus colegas. Se lanza entonces a un contraataque, que no termina sino con la victoria de uno de los dos técnicos —es decir, con la muerte de uno de los individuos sobre los cuales ellos operan. Inútil es decir que estas tenebrosas actuaciones son la causa de innumerables y sangrientas enemistades.

Aprendí mucho a este respecto gracias a un indígena que había ejercido durante años el cargo de secretario del ayuntamiento en varias aldeas y al cual los viajes dieron bastante independencia para comentar las costumbres de los suyos. Era un hombre pequeño, como de sesenta años, vestido de algodón blanco y con un sombrero de fieltro gris de anchas alas, que me encantó desde el primer momento por la vivacidad de sus observaciones y la precisión elegante de su lenguaje. Sentados bajo un techo de paja donde se cocina, no lejos del horno de leña donde las mujeres vigilan el cocimiento del pan, Trinidad se dedica a aclararme el funcionamiento de la vida de los chatinos[1]

[1] El chatino, hablado por alrededor de 30,000 almas en numerosos pueblos del distrito de Juquila —Yaitépec entre otros—, es una de las trece lenguas indígenas exis-

con la ayuda de recuerdos personales. Sus relatos, de una convicción fervorosa, me dejan durante un largo rato extrañamente desorientada. Narra los acontecimientos maravillosos de los *tonos;* los largos viajes de los muertos sobre la tierra antes de llegar a su destino (no parecen creer en un cielo como albergue de las almas); la adoración del Sol y del Viento, que los chatinos consideran los elementos creadores por excelencia; los rituales cumplidos por los funcionarios del ayuntamiento en caso de sequía a fin de atraer mágicamente la lluvia; los individuos enmascarados que, látigo en mano, durante el Día de Muertos, vigilan las almas para que ninguna de ellas pueda quedar emboscada en la tierra; la encarnizada rivalidad de dos magos que se metamorfosean a veces en serpientes, a veces en nubes o en ríos, y su reconciliación súbita para defenderse del Viento que ha jurado destrozarlos. . .

Pero como los brujos de Yaitépec gozan de singular prestigio, yo deseaba antes que nada conocer la actuación precisa de estos jefes espirituales, y Trinidad comenzó por darme algunas nociones de brujería, de las cuales las más importantes son las referencias a la ciencia adivinatoria.

A pesar de existir infinidad de medios que

---

tentes en el Estado de Oaxaca. Según algunos investigadores, parece tener estrecho parentesco con el zapoteco.

permiten "ver", el más eficaz y el más empleado parece ser, como en los tiempos precolombinos, un narcótico que produce alucinaciones. Es un brebaje compuesto con la semilla de una campánula, de color azul intenso, vulgarmente llamada "quiebraplatos": se muele una porción de estas semillas minúsculas, y el polvo así obtenido se mezcla con un poco de agua y se deja en reposo durante una hora. Cuarenta minutos después de haber ingerido la bebida, o en menos tiempo si el individuo es débil, el efecto se produce: sueño y delirio. El brujo, según el método que siga, no tendrá entonces más que descubrir lo que busca interpretando las palabras del hombre adormecido o sus propias visiones. Este estado dura varias horas, y se asegura que una dosis demasiado fuerte del brebaje produce la locura.

Como ya se ha hecho notar, la similitud entre las creencias indígenas de hoy y las de la época prehispánica llega a tal punto que se podrían utilizar muchas veces los relatos de los cronistas de los siglos XVI y XVII para describir hechos actuales. Por ejemplo, sobre el uso de estos narcóticos a que Trinidad se ha referido, escribía Ruiz de Alarcón en 1629:

El llamado *ololiuhqui* es una semilla... la cual bebida priva del juicio, y es de maravillar la fe

que estos desdichados naturales tienen con esta semilla, pues bebiendo, como a oráculo la consultan, para todas cuantas cosas desean saber, hasta aquellas a que el conocimiento humano no puede llegar, como saber la causa de las enfermedades, porque casi cuantos entre ellos están (enfermos)... luego lo atribuyen a hechizo, y para salir de esta duda y semejantes, como de cosas hurtadas y de los agresores, consultan esta semilla por medio de uno de sus embusteros médicos, que algunos de ellos tienen por oficio beber esta semilla para semejantes consultas... El que bebe el *ololihuqui* brevemente se priva de juicio por la demasiada fuerza de la semilla, luego trastornado el juicio se le ofrece aquella plática que le hicieron para el hecho... luego condena al indicado por la sospecha, la cual publica luego que sale de la embriaguez, que de ordinario es uno o dos días, aunque tal vez queda aturdido por muchos, y aun loco de todo punto.[2]

Trinidad me relata después varios casos ocurridos. Siendo maestro de escuela, un día que estaba jugando a la pelota, sintió súbitamente un fuerte dolor en la cadera que lo obligó a sentarse. El dolor aumentó en la tarde y al día siguiente amaneció con alta fiebre. Una vez bebido el narcótico que lo puso en trance, el brujo a quien habían llamado "vió" que Trinidad era víctima de un hechizo y declaró

[2] Hernando Ruiz de Alarcón, *op. cit.*, t. VI, pp. 142-6.

a la madre del enfermo: "Tu hijo está enterrado bajo la gran Cruz que se encuentra en medio del cementerio; tenemos que desenterrarlo antes que sea demasiado tarde." En el lugar indicado, se encontró en efecto una figurilla de madera vestida con un trozo de camisa de Trinidad, seguramente robada, y clavadas en la cabeza y el cuerpo gran número de espinas que el curandero no tuvo más que extraer para que el enfermo se restableciera al instante. Otro caso: a una sobrina de Trinidad, de veintitrés años, que se enamoró de un hombre casado, la mujer de éste le avisó que "la iba a malear" si continuaba sus relaciones culpables. La muchacha no hizo caso de las amenazas, y descubrió una mañana en el horno una figurilla de barro acostada como una muerta, con cuatro cerillos a su alrededor a manera de velas. Al ver, espantada, que el objeto mágico llevaba un vestido hecho con un pedazo de una de sus blusas, la joven cayó enferma y murió veinte días después, a pesar de los cuidados de un médico que por pura casualidad pasaba por el lugar. Trinidad está persuadido de que un brujo la hubiera curado si su mujer no se hubiese negado categóricamente a admitirlo... Y un caso más: un hombre de su amistad cayó enfermo después de una violenta disputa en el curso de la cual había destrozado la red de pescar de su adversario. La curandera consul-

tada lo curó de la manera siguiente: después de haberse lavado cuidadosamente la boca, pidió un recipiente con agua y chupó el estómago del paciente hasta que sacó una bola formada de un trozo de red de pescar y una víbora venenosa... Como Trinidad me manifiesta su estupefacción ante tal prodigio, le hago discretamente notar lo inverosímil del caso, puesto que el estómago no posee ninguna abertura directa. En lugar de hacerlo dudar, esta circunstancia aumenta su admiración y le hace exclamar con un chispazo de entusiasmo en sus pequeños ojos: "¡Se imagina usted!... Lo sacó sin que haya agujero."

Para completar la iniciación, se hacía necesario observar a uno de estos brujos en pleno ejercicio. Después de haberme negado a visitar a uno que operaba por medio del narcótico —me faltó valor—, una aldeana a quien había hecho creer que me sentía enferma consintió en conducirme a casa de una especialista en "espantos", enfermedades causadas por el miedo. Después de subir por senderos de cabras, ahogados bajo una vegetación exuberante, hasta dejar detrás de nosotros las últimas casas, entramos en una choza desnuda y espaciosa donde somos recibidas por una anciana vestida de blanco y de mirada intensa. María, la curandera, me mira fijamente un largo rato antes de dar su diagnóstico; después murmura

como para sí misma, sin quitarme sus ojos: "Ya lo creo que está espantada... ¡y mucho!..." Y sin hacer preguntas, indica en seguida los ingredientes necesarios a la cura, y me pide que no tarde en conseguirlos a fin de terminar la operación para el mediodía en punto, momento altamente propicio a la magia blanca.

Una hora después estoy de vuelta, sola esta vez, provista de una canasta que contiene una botella con una mezcla de dos alcoholes muy fuertes, un pedazo de cera, dos velas, tres grandes flores rojas y copal.

A pesar de sus ochenta años y de su rostro severo, María tiene un indefinible encanto infantil, al cual no son ajenas, quizás, las largas trenzas que caen sobre su pecho y la gracia ligera de sus movimientos. Sin mirarme, como si hubiera olvidado por completo mi presencia, se arrodilla primero ante un altar sobrecargado de imágenes santas donde ha encendido las velas y reza durante un buen rato exhalando profundos suspiros. Luego pone a fundir la cera sobre el fuego que se encuentra en el suelo, en medio de la pieza; y, sobre un petate, delante del altar, dispone una vasija de barro llena de agua, una cruz de paja con una flor encima y un incensario con carbones encendidos. Avanzando de golpe hacia mí, me rocía la cara con alcohol que arroja de su boca

y mueve los brazos por sobre su cabeza diciendo: "Uh... uh...", como para asustar.[3]

Me ordena después quitarme vestido y sandalias y sentarme cerca del altar, con los pies en dirección a la cruz. Con el incensario, que desprende un acre humo de copal, hace varias veces el signo de la cruz muy cerca de mi cara, murmurando las encantaciones que acompañan todos sus movimientos y en las cuales sólo alcanzo a distinguir mi nombre, pronunciado con frecuencia. Vierte luego un poco de cera derretida en el agua, recubre el recipiente con un plato y hace sobre él el signo de la cruz con una de las flores rojas. Después bebe un trago de alcohol de la misma botella y me lo arroja a la cara, el pecho, la espalda y bajo los brazos; retira la cera solidificada y procede a leer en ella mi suerte.

Estas diferentes operaciones se repiten siete veces durante más de una hora y media. Aparte del ritual destinado a atraer las fuerzas mágicas, el tratamiento consiste en localizar

[3] Otra coincidencia con prácticas prehispánicas relatadas por los cronistas: "...y habiéndola puesto rostro a rostro con ella, la rozian con agua que tienen en la boca... y asombrándola con el rozío, dicen que, en aquel estremecido que entonces da, recibe su Ado; y poniéndosela también en las espaldillas, dicen que ya con esto está buena la criatura". Dr. Jacinto de la Serna: *Manual de ministros de indios para el conocimiento de sus idolatrías y extirpación de ellas. Anales del Museo*, t. VI, México, 1892, p. 398.

sobre la cera las causas de la enfermedad, como si una vez puestas sus raíces al descubierto, no le quedara más remedio que desaparecer. En las extrañas formas que toma la cera endurecida, María descubre una infinidad de imágenes que me indica con el dedo lanzando exclamaciones apasionadas, como de un niño que siguiera las peripecias de un Guignol. Convencida de que he tomado el "espanto" durante el viaje, a veces ella me ve en la cima solitaria de una alta montaña, o atravesando a pie el río tumultuoso que corta innumerables veces el camino que lleva a Yaitépec, únicos episodios de mi vida que conoce. Pero he aquí que descubre algo nuevo: unos hombres haciendo disparos de revólver y dos ojos enormes que tienen que haberme causado gran pavor. Muy sorprendida de que yo no recordara estos acontecimientos, María me hace seguir pacientemente, sobre la cera, como en una fotografía, algunos detalles precisos a fin de refrescar mi memoria: "Están aquí, mira... ¿no ves éste, con su gran sombrero?" Perpleja al ver que continúo negándome a admitir la evidencia, sugiere: "Lo habrás visto en el cine, entonces" (Todavía me pregunto qué idea se habrá hecho María de un espectáculo al cual evidentemente no ha asistido jamás.) Pero lo extraordinario es que recordé de pronto que en efecto yo había visto "todo esto" en una película que me había

emocionado particularmente. Fué en la víspera de mi partida, y los disparos de revólver, así como los ojos inmensos de la heroína agonizante de este drama, que ocurría en un pueblo mexicano –*El rebozo de Soledad*–, me habían impresionado tan desagradablemente que me quedé despierta gran parte de la noche preguntándome si no debía renunciar a un viaje que de pronto me parecía demasiado imprudente. Coincidencia, claro está; pero no deja de ser muy singular lo que la anciana llegó a "ver".

Después de la cura, María, agotada, se tira en una hamaca, declarando satisfecha: "Dios me ha ayudado. . . tu espanto salió chulísimo", y afirma en seguida con autoridad que mi salud es ahora perfecta.

Mi visita a la curandera me produjo la alegría inefable del coleccionista que ha descubierto una joya rara: me llevaba, prodigiosamente viva, una imagen perteneciente a las primeras edades de la humanidad. Por desgracia, mi exaltación no fué duradera: la mujer que, al salir yo, se me cruzó sin verme, agobiada al parecer por un peso invisible, iba sin duda a pedir a María su socorro para un ser querido quizás en peligro de muerte, y la visión de seres tan peligrosamente desarmados frente a la enfermedad fué suficiente para que

mi alegría de anticuario desapareciera por completo.

Gracias a la preciosa ayuda de Trinidad, me relaciono con una mujer que acepta acompañarme a la casa del más prestigioso de los curanderos del pueblo, que acaba de curarla. Con un fervor que llega a ser molesto, esta extraña mujer me cuenta cómo Blas le salvó la vida. Con la ayuda de una buena bruja, una de sus hijas había conseguido infligirle en una pierna espantosos dolores que le impedían comer y dormir. Lupe recurrió a Blas, quien, en tres sesiones, extirpó de su muslo la causa del mal: dos puñados de huesos de muerto, puntiagudos como alfileres. "Era tiempo de que vinieras, mujer –le había dicho solemnemente Blas después de la cura–, porque ibas a morir. . .", y había terminado revelándole el nombre de la bruja que había actuado contra ella y enviando a la hija ingrata una grave enfermedad. Creyente fanática, Lupe no se contenta con elevar loas a los curanderos, sino que quiere, además, demostrar su superioridad absoluta sobre los médicos (polémica puramente abstracta, puesto que es necesario caminar varios días antes de encontrar uno) y cuenta con vehemencia la historia de un pariente que vive en una pequeña ciudad del Pacífico de donde es originaria la familia. Pa-

deciendo de una enfermedad misteriosa que ningún médico, a pesar de las grandes sumas pagadas, pudo curar, el pobre hombre, cansado de tantos sufrimientos, terminó por dirigirse a un brujo, que lo restableció en pocos días. Como prueba irrefutable de sus convicciones Lupe muestra la carta siguiente:

Muy estimada tía,

la saludo de la manera más atenta deseando se encuentre sin ninguna novedad, que nosotros por acá quiere Dios que estamos bien de salud, gracias a Dios. Después de mis tímidos saludos, le digo lo siguiente. Pues tía le escribo para que sepa que ya murió Simona Pantoja que murió el día 9 de octubre y a esta fecha no han pasado los nueve días. Ahora que hubo oportunidad, le escribo con este señor que nos platicó que venía por su rumbo. Le cuento tía que mi papá ya sanó de la enfermedad que tenía y estamos muy contentos en que él haya sanado. No se imagina qué es lo que tenía mi papá, que ni creerse tía, pues fíjese que era malhecho y lo curaron de eso quiere Dios que sanó luego del dolor del cuello que tenía. Pues ahí tenía una abeja y un pedazo de vidrio y a la espalda, es decir en el lomo, tenía otra abeja y otro vidrio, y en la mano que tenía la comezón, otra abeja. Así que ésa era la enfermedad de él y ya sanó, que era la enfermedad que lo mataba. ¡Cuándo le iban a encontrar los doctores! Reciba saludos de mi papá y mi

mamá y hermanos y de mi parte reciba un fuerte abrazo.

A pesar del vivo interés en conocer a Blas, trato en vano de pretextar varios inconvenientes para no seguir a Lupe cuando viene a buscarme, temiendo, además del brebaje que produce el delirio, cierta terapéutica a la que ella se había referido con un impudor exaltado que me había puesto la carne de gallina. Trepamos por la montaña durante media hora y llegamos a una choza colgada como una jaula de pájaros, a un lado del camino. Enceguecida por el resplandor de la luz matinal, en el primer momento no distingo nada en la pieza donde Lupe me introduce, diciendo: "Aquí está la enferma", y sólo al cabo de unos instantes surge de la penumbra la estatura impresionante —es la única vez que he visto un indígena de tan alta talla—, la cabeza rasurada en forma de pera, los pómulos salientes y los pequeños ojos oblicuos de Blas el Brujo. Después de palparme las muñecas, Blas declara gravemente que estoy llena de *aire malo* enviado por sortilegio; sale en seguida al patio y aprovecho su corta ausencia para hacer prometer a Lupe que no ha de marcharse. Vuelve con una hoja seca de maíz, en la cual escupe con solemnidad impresionante. Inclinándose hacia mí —estoy sentada en un banquito— co-

mienza un cura que me provoca una profunda repulsión: aplica su boca sobre una muñeca y chupa con fuerza. Sus dientes puntiagudos que me hacen mal y cuyas huellas persistirán luego por algunas horas me dan la sensación de ser atacada por una fiera. Escupe en la hoja algunos huesos sanguinolentos y continúa la misma operación sobre la otra muñeca, el cuello y las orejas, escupiendo siempre huesos después de cada succión. Mirando el contenido de la hoja, Lupe da gritos escandalizados y profiere injurias contra la persona que me ha hecho tanto mal. Blas sale de nuevo para buscar una hoja que tritura lentamente entre sus dedos antes de aplicarla con fuerza sobre las partes tratadas, después de lo cual se sienta en el suelo, enfrente de mí y me mira fijamente moviendo su cabeza poderosa: "Está muy mal la muchacha. . . le han hecho mucho daño. . . Si no hubiera venido se hubiera vuelto loca." Promete curarme en tres sesiones, por las cuales pide tres pesos de honorarios.

A la mañana siguiente, operará del mismo modo que la víspera, y cuando muestre a Lupe lo que ha escupido —tengo esta vez la precaución de cerrar los ojos para evitar la náusea— ella lanzará los mismos gritos de indignación contra mis verdugos. Blas me frota en seguida la cara y los brazos con una gran hoja fresca, triturada, y en la circunstancia de que ésta

segrega jugo él ve un signo favorable que se apresura a hacer notar: si el *aire malo* no hubiera salido de mi cuerpo, la hoja se quebraría al tocarla... Después de un largo silencio meditativo, Blas me revela que es un novio desdeñado el que ha provocado mi enfermedad, y como Lupe insinúa discretamente que soy casada, él declara entonces que debe ser obra de una rival.

La tercera sesión no difiere en nada de las otras. Una vez que me ha dado de alta, Blas me pregunta si deseo que el *aire malo* que me ha extraído lo devuelva a mi enemiga, y como acepto, esperando observar de este modo operaciones de magia negra, discutimos el precio, que yo encuentro muy elevado: el maleficio cuesta el doble que la curación. A pesar de haber convenido el trato, mi esperanza se ve frustrada porque se me dice que estos trabajos deben llevarse a cabo a medianoche, ya que el diablo, con quien debe tratarse, no aparece más que a esa hora incómoda. De pronto Blas se pone a dudar de algo y me sorprende verlo inclinarse indeciso hacia Lupe para consultarla: "Mejor sería, quizás, esperar que se vayan antes de enviar el *aire malo* a la otra... Porque si su marido sabe lo que le hago..." Blas el Mago tiene miedo de una paliza y se tranquiliza únicamente cuando se entera de que estoy sola en Yaitépec.

Una vez fuera, Lupe continúa manifestando frenética indignación por los procedimientos de mi rival, y me indica caritativamente la existencia de brujas especializadas en sortilegios que impiden ser abandonada por el marido. Pero, por desgracia, me fué imposible visitarlas, y sólo poseo ahora, por toda ciencia, unas fórmulas caseras que Lupe me murmuró al oído mientras bajábamos por el escarpado sendero. He aquí dos que, por ser de fácil ejecución, pueden resultar de alguna utilidad: Confeccionar una muñeca y vestirla con un trozo de camisa del posible fugitivo. Encerrarla en una olla de barro nueva y enterrarlo todo cuidadosamente sin que nadie lo vea. O bien, triturar un pedazo de una de las propias uñas y mezclar ese polvo con agua, que se hará beber al hombre a quien se desea retener.

Domingo, víspera de la partida. Después de hacer unas compras en el valle, trepamos, deteniéndonos cada diez minutos, la cuesta increíblemente abrupta que lleva a Yaitépec. A pesar de su permanencia de más de un año en esta alta cima, la joven pareja de evangelistas se queda tan sin aliento como yo. Un indio de unos cincuenta años y de mirada apacible camina silenciosamente con nosotros. Grupos de aldeanos que vuelven del mercado nos alcanzan, dicen gravemente su saludo y desapa-

recen en seguida en un recodo de la montaña. Saliendo de uno de estos grupos, tres borrachos traban conversación con Upson y, a pesar de que todos hablan chatino, por los gestos puedo comprender que se niegan a avanzar para seguir cerca del indio que viene con nosotros. Se deciden, al fin, a continuar su marcha profiriendo palabrotas con blanda voz. Upson me explica con indolencia que estos tres individuos son enemigos del hombre que nos acompaña, el cual, esa misma mañana, ha escapado casualmente de la muerte, descubriendo a un muchacho de doce años en el preciso momento en que se lanzaba sobre él armado de un cuchillo. Comprendo ahora por qué este hombre nos ha esperado, sin razón aparente, durante tantas horas: deseaba regresar bajo la protección del norteamericano. Dos mujeres y una niña nos alcanzan y, como me sorprendo de que nos sigan, se me explica que ellas también pertenecen al bando opuesto y temen al grupo que nos precede.

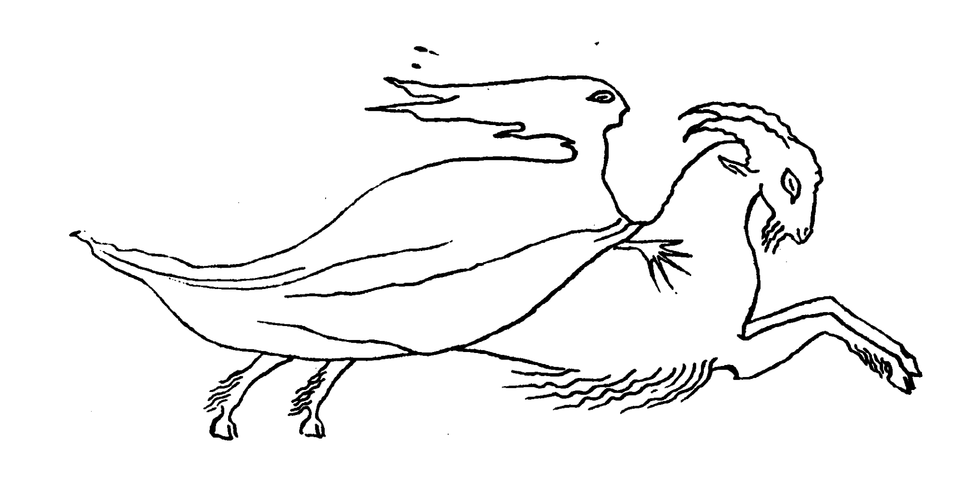
A pesar de la afirmación de que los hombres no llevan armas (revólver por lo menos; en cuanto a cuchillos, sólo Dios lo sabe), no me siento muy tranquila. Moderamos el paso para que la fila que serpentea allá arriba de nosotros se aleje, y la marcha continúa en un silencio cargado de inquietud.

Es profundamente desconcertante ver se-

res que viven —como los habitantes de la jungla— en actitud permanente de ataque y de defensa, a pesar de que ninguno de los fenómenos que determinan la agresividad y la voluntad de destrucción parece presente en su existencia, puesto que ésta transcurre en el seno de una naturaleza favorable y de una comunidad en que se ignora la injusticia y la sujeción social. Esta comprobación hace nacer una duda desagradable a propósito de la agresividad y del afán de destrucción que sufren nuestras sociedades, porque uno se pregunta si, más allá de los análisis explicativos de sociólogos y psicólogos, las raíces de nuestros conflictos individuales e internacionales no van misteriosamente a alimentarse en pantanos arcaicos más próximos al hombre actual de lo que quisiéramos suponer.

Las montañas circundantes, hace algunos minutos prodigiosamente doradas por la puesta del sol, se encierran en un mutismo hostil. Un águila rezagada vuela pesadamente sobre nuestras cabezas. De pronto se hace sentir el frío y una capa espesa de nubes cae lentamente sobre Yaitépec. Mirando siempre a lo alto, vemos que el grupo que nos inquieta desaparece por fin en la bruma, después de pasar por el inmenso pino que se encuentra a la entrada del pueblo y bajo el cual fué descubierto el

último asesinado. Poco después penetramos nosotros mismos en las nubes y no tardamos en llegar a la puerta de la casita de los evangelistas, donde, con un simple e inexpresivo saludo, los aldeanos se separan de nosotros. Inmediatamente son atrapados por la niebla erizada de odios que envuelve trágicamente a esta pobre comunidad, que, a no ser por la conmovedora sinrazón del hombre, podría muy bien representar un auténtico paraíso terrestre.



El mundo de lo sagrado

Soñamos a veces con descubrir un pueblo en que las supervivencias de mentalidades arcaicas, tales como las encontramos esparcidas en las obras de etnografía, estuvieran en estado puro y no diluídas en un conjunto heterogéneo donde es necesario rastrearlas pacientemente. Lo cierto es, sin embargo, que resulta penosísimo enfrentar una realidad que anula de golpe el universo al cual se pertenece y que nos lanza en el más angustiante de los vacíos. Así ocurre cuando nos acercamos a uno de estos pueblos donde la vida sigue milagrosamente las normas de épocas desaparecidas. Y es lo que he experimentado en lo personal al llegar a San Mateo del Mar, pueblecillo en

la costa del Pacífico, al sur del istmo de Tehuantepec.

El hecho de que, después de haber recorrido 800 kilómetros en tres horas, se necesiten catorce horas más en carreta de bueyes para los cuarenta kilómetros que quedan por hacer no parece deberse a un simple azar, sino responder a un sentido profundo. Esta carreta, como la máquina inventada por Wells, nos obliga a remontar el curso del tiempo y nos transporta a un mundo que creíamos desaparecido desde hace siglos.

El choque producido por este mundo extraño es tan violento, que en el primer instante nos aturde. Luego, poco a poco, como al salir de un letargo, recobra uno la capacidad de observación y comienza a reconstruir la nueva realidad pieza por pieza, a medida que la va captando: una choza de palma rodeada de cocoteros y almendros; un grupo de hombres que deambulan por las calles trabajando en grandes redes de pescar que llevan en parte arrolladas a sus cinturas; un miembro de la comisión escolar que da detalles sobre la manera de curar una enfermedad causada por un alma perdida; el secretario del Ayuntamiento que relata cómo las hermosas campanas de la iglesia llegaron al pueblo volando y descendieron directamente del cielo para colocarse en donde ahora se encuentran; muchachas que,

al aproximarme, corren enloquecidas a esconderse; un niño que me mira con ojos espantados apretándose contra la falda de su madre. . .

San Mateo del Mar está situado en una estrecha banda de arena rodeada de lagunas: de un lado la salada, que dos kilómetros más allá se une al mar; del otro la dulce, que extiende hasta muy lejos su paisaje sereno de juncos y de riberas sombreadas. Esta situación da a los comerciantes de las ciudades vecinas el impulso suficiente para desafiar la fatiga y los peligros de los viajes nocturnos, atravesar las montañas, las llanuras arenosas y las corrientes de agua que los separan de este pueblo de pescadores de tres mil habitantes, y hace que cada mañana, al alba, numerosas carretas de bueyes conviertan la plaza en un campamento de gitanos. Las idas y venidas de estos vendedores ambulantes constituyen casi exclusivamente el mecanismo económico de San Mateo. Gracias a ellos, el mercado vive, durante las horas del día, su existencia intensa y plácida de masa luminosa que vibra suavemente al sol, y al crepúsculo, cuando las carretas lo abandonan para tomar el largo camino de regreso, se apaga y se sumerge de nuevo en su soledad desamparada.

Estos hombres hirsutos y estas mujeres majestuosas de inmensas faldas, que proveen al pueblo de artículos de primera necesidad y

lo desembarazan del producto de la pesca, que sin ellos sería inútil —mientras por otra parte obtienen beneficios que apenas les permiten vivir—, despiertan la simpatía y el agradecimiento más auténticos.

La organización social y económica de San Mateo parece responder al tipo de sociedad ideal: sin propiedad privada de los medios de producción; sin explotación del trabajo; venta directa del productor al consumidor; autoridad asumida y estrictamente controlada por el pueblo. La tierra es comunal y el agua, gran dispensadora de bienes, es de todos: a cada uno según sus facultades y su suerte. Todo el mundo vive con un mismo *standard*, y los privilegios económicos no llegan nunca más allá de una canoa primitiva y de algunos animales. No existiendo la dependencia social sino bajo la forma de ayuda mutua, el respeto y la comprensión rigen las relaciones de todos. Los cargos públicos no son retribuídos, y todo ciudadano tiene el deber de desempeñar uno de ellos durante doce meses cada dos años.

La actitud de los habitantes de San Mateo con respecto a la riqueza es asimismo muy simpática. Nadie parece codiciar la fortuna, y la repugnancia hacia aquellos que tienen el mal gusto de exhibir posibilidades superiores a los otros llega a manifestarse en actos que tienen toda la traza de ser burlas despreciativas. Como

ejemplo, se da el caso del ciudadano que concibió un día el ambicioso plan de construir una casa de mampostería. No estando su terreno tan bien situado como él hubiera querido, intentó obtener del Ayuntamiento el permiso de cambiarlo por otro, haciendo valer la importancia que para la comunidad tendría una verdadera construcción en su centro. Convocado el pueblo, debatió largamente el asunto y terminó por declarar que el peticionario tenía por supuesto toda libertad de cambiar de lugar, a condición de que eligiera un terreno en los extremos de la aldea. El futuro propietario prefirió, como es natural, quedarse donde estaba, y su casa, actualmente la única digna de ese nombre a pesar de su extrema modestia, se encuentra escondida en un rincón.

La actitud de estas gentes ante el comercio corrobora su desprendimiento desdeñoso hacia el dinero. Así, jamás se ve a un hombre de San Mateo en el mercado, a pesar de ser allí donde se concentra la vida económica del grupo. Esto parece obedecer a un verdadero tabú, porque cuando un hombre desea comprar alguna cosa, bebida o cigarrillos, la pide quedándose detrás de las cañas que separan el mercado de la calle. Es entonces tarea de la mujer —excluída por otra parte de los cargos públicos, sin derecho al voto y generalmente considerada inferior— vender el pro-

ducto del trabajo del hombre, base exclusiva del ingreso familiar.

Otra manifestación significativa de esta actitud es que ningún aldeano se dedique al comercio; se deja enteramente en manos de algunos extranjeros. Estos extranjeros se consideran, según la expresión de uno de ellos, "fuera de la ley", sin deberes y sin derechos: les está prohibido poseer un terreno y una casa propia, no tienen derecho al voto, no están obligados —por no ser dignos de ello— a ninguna tarea administrativa, a ningún trabajo comunal y no pueden contribuir con nada a los gastos generales. (Se está construyendo actualmente una escuela de mampostería con la colaboración de todos: el trabajo de los obreros es voluntario y cada ciudadano contribuye con tantos ladrillos como puede. Los ofrecimientos de colaboración de parte de los "extranjeros" fueron todos rechazados.) Lo más curioso es que estos "extranjeros" —diez familias en total— viven todos allí desde hace más de veinte años, hablan corrientemente el huave y son originarios de Juchitán, a cincuenta kilómetros de San Mateo. El resultado de este ostracismo aristocrático es, pues, que los únicos parias que conoce este pueblo son todos los ricos, y, no existiendo impuestos, la comunidad no se beneficia en nada con las ganancias obtenidas por los comerciantes, pri-

vándose de este modo de una ayuda que podría ser muy valiosa.

En fin, como debe ser en un pueblo que parece surgido de los sueños generosos de un Juan Jacobo Rousseau, los niños de San Mateo gozan de una desusada autonomía. Sólo raramente se les impone la autoridad, y las relaciones entre padres e hijos se basan en el respeto y la ternura mutuos. Un pedido de servicio o una orden que el niño no esté dispuesto a escuchar se consideran generalmente como no expresados. Nunca un pequeño es tratado duramente: un coscorrón se consideraría como un crimen, y el imprudente que lo aplicara pasaría por verdugo.

Debemos confesar, sin embargo, que, cualquiera que sea su encanto, esta colectividad no deja de provocar el mismo sentimiento de frustración que hemos experimentado en otros pueblos. En efecto, estos seres que también viven en intimidad constante con una naturaleza muy bella, que ignoran totalmente la servidumbre, que no se ven obligados a tarea alguna que no les agrade; estos seres, en fin, que se mueven en una libertad casi absoluta están en realidad lejos de constituir el grupo ideal que, lógicamente, debería derivarse de un conjunto de circunstancias tan seductoras y tal como se le sueña cuando, indignados por las monstruosidades de nuestros sistemas, di-

rigimos nostálgicas miradas hacia las sociedades primitivas.

Aquí, la falta de iniciativa es, por ejemplo, inquietante. Toda innovación atemoriza por anticipado y nadie quiere tomar la responsabilidad de apoyarla. Si un individuo es lo bastante enérgico para proponer reformas, la mayoría de los hombres, sin la cual nada puede decidirse, se opone haciendo ver los peligros que acechan siempre a toda empresa nueva. Esto se traduce evidentemente en una incapacidad total de resolver el menor problema. El de la habitación, aunque menos importante que otros, proporciona no obstante una prueba elocuente. La choza de hojas de palmera, aunque admirablemente construída, ofrece una serie de inconvenientes, el más desagradable de los cuales es, sin duda, la falta de piso. En efecto, la arena sobre la cual se erige la cabaña no se endurece, como la tierra, para formar un plano sólido, sino que deja siempre un terreno movedizo, lugar de reproducción ideal para muchos insectos (las pulgas, entre otros, son un verdadero suplicio, difícil de soportar dignamente). Uno de los miembros de una familia que frecuentaba me aseguró seriamente que el suelo está formado por un número de pulgas mayor que el de granos de arena, y obsesionado por este flagelo torturante al cual se refería sin cesar, había además desarrollado una

serie de ingeniosas teorías en que las pulgas constituían invariablemente el punto central. Me divertía siempre al verlo arremangarse los pantalones hasta las rodillas antes de penetrar en su choza, creyendo que, con esta estratagema, la subida inexorable de sus enemigas sería más lenta. Entre los huéspedes de estas arenas, hay otra especie de pulga muy pequeña —la nigua— que tiene la mala costumbre de anidar bajo la piel de los apacibles ciudadanos para depositar ahí su descendencia. Al cabo de algunos días de esta intromisión, se da uno cuenta de la presencia de una ampolla dolorosa que es necesario extraer lo más pronto posible a fin de que los huevos de que se es portador no tengan tiempo de abrirse. Todo esto, como se ve, no es precisamente atractivo, y sorprende comprobar que nada se intenta jamás por mejorar estas condiciones.

Esta singular resignación se manifiesta más claramente todavía cuando se trata de problemas de los que depende por entero la vida económica de la comunidad, como es el caso de la pesca. Las lagunas parecen estar en proceso de agotamiento y sólo en muy pobre medida alcanzan a cubrir las necesidades de una población siempre creciente. Esta situación se resolvería con facilidad si se decidieran a explotar el mar, que está a dos pasos; pero, muy curiosamente, este pueblo de pescadores no

posee ni una barca lo bastante fuerte para resistir al océano, y se conforma con recoger los huevos que las tortugas depositan sobre las playas desiertas. Se espantan ante la iniciativa de comprar una lancha —iniciativa que significaría un cambio radical en la organización del trabajo y de la venta del pescado que, de individuales, deberían convertirse en cooperativas— y continúan pasivamente siguiendo prácticas que tienen la ventaja de existir desde tiempos inmemoriales. Frente a una actitud tan cargada de peligros, siente uno la tentación de desear que existan individuos de miras tan bajas como para anhelar bienes materiales —un reloj, un par de zapatos, por ejemplo— y que, en su deseo de obtenerlos, supieran encontrar la fuerza que atropelle un derecho y una economía estancados. El advenimiento del espíritu de empresa parecería en este caso una evolución ventajosa para todos, y no únicamente desde un punto de vista material.

La falta de benevolencia hacia los extraños al pueblo es otro fenómeno que no se esperaría encontrar en comunidad tan inocente. Sin embargo, el pánico agresivo despertado por mi presencia hizo que las primeras horas que pasé en San Mateo figuren entre las más angustiosas de mi vida. Pocas veces me he sentido tan profundamente perdida y miserable: sin

saber a quién dirigirme, presa de la curiosidad malévola de una población que me observaba sin reparo, hablando en una lengua que nunca había yo escuchado y con risas agudas cuyo recuerdo todavía me produce náusea. Todo provocaba la hilaridad más desbordante: mi maleta, mi falda que no llegaba hasta el suelo como las suyas, el hecho de que llevara zapatos... Era yo un prisionero de guerra en manos de vencedores despiadados. Este extraño recibimiento reservado a una mujer que llega sola, fatigada por una noche que debió pasar sin dormir sobre caminos difíciles y en un vehículo inimaginablemente incómodo, que se encuentra por otra parte en la imposibilidad total de volverse y que depende enteramente de la buena voluntad de los demás, tal recibimiento no podía ser dictado más que por el miedo. Cuando después penetré algunas de sus creencias, la significación de este tratamiento se me apareció con su verdadero sentido. Al enterarme de que, entre las principales causas a las cuales atribuyen las enfermedades, figura la vergüenza en primer plano, no dudé ni un segundo de que la recepción que se me había infligido tenía por fin enfermarme desde el primer momento: se me había recibido con las armas en la mano.

Aparte de algunas felices excepciones, esta actitud no se modificó en nada posteriormen-

te. Un día que me sentí con suficiente valor para enfrentar al pueblo e irme hasta las lagunas, donde la presencia de numerosos patos salvajes migratorios me atraía irresistiblemente, una mujer lanzó contra mí tres grandes perros negros. Gracias a que, a pesar de un miedo terrible, me quedé sin moverme, las fieras aullantes no me atacaron y la mujer las llamó, definitivamente persuadida de que yo contaba con la protección del diablo.

De hecho, la realidad de este pueblo revelaba ser mucho más opresiva e impenetrable de lo que jamás hubiera imaginado y me debatí largamente en el vacío antes de comprender la naturaleza del obstáculo que me separaba de este mundo arcaico. Es el fanatismo religioso, que alcanza en San Mateo una intensidad nunca observada hasta entonces, lo que me puso en el camino de la comprensión.

A pesar de la ausencia del clero —sólo una vez al año viene un cura a decir misa— el dominio que los santos y la Virgen ejercen sobre este pueblo, sin que me haya sido dado registrar una sola excepción, es total. La veneración sumisa de que estas potencias son objeto modela enteramente la actitud mental del grupo y determina el modo en que cada uno debe comportarse en todos los actos de la vida. Es suficiente una visita a la iglesia para advertir en seguida este estado de cosas: el fervor de

las plegarias y de los gestos sumergen a uno sin transición en el dominio de lo irracional y de la dependencia interior más desconcertantes. La primera visita que hice a este lugar sagrado me produjo una clara sensación de pesadilla, que quedó viva en mi espíritu durante todo el tiempo de mi permanencia.

La carreta que me ha traído se ha detenido no lejos del atrio en el momento en que las campanas comienzan a llamar a los fieles. Son las cuatro de la mañana, la noche es negra y un viento glacial sopla con extrema violencia. Empujada por el frío, me introduzco subrepticiamente en la inmensa iglesia apenas iluminada. El olor del copal, de una acritud agresiva, ataca la garganta. En los costados de la nave, completamente vacía, están arrodilladas las mujeres, en dos filas. La capa de encaje blanco que les cubre la espalda y forma un capuchón, rodeándoles estrechamente la cara, les da el aspecto de monjas de una religión desconocida. Cantan sus rezos a gritos, con un tono estridente, rápido y gangoso, que me hiere muy profundamente. (Luego, durante las vísperas de ánimas, vi que las que no lograban naturalmente este tono nasal se tapaban la nariz para obtenerlo.) Sollozos agudos y risas espantosas salían del coro, y sólo después de una larga observación ansiosa me persuado

de que no es más que una manera de rogar, porque sollozos y risas siguen el ritual con tanta precisión como las otras voces. Estos gritos frenéticos, las puertas que baten con furor, los chirridos de la madera, así como la débil luz vacilante de los cirios, hacen la escena francamente inquietante. Los hombres continúan llegando: enmarañado el cabello, transidos de frío en sus ligeras camisas rosa, malva, naranja, un pañuelo rojo anudado alrededor del cuello. Avanzan a pequeños pasos apresurados y después de innumerables genuflexiones y santiguadas van a ocupar su sitio en una de las dos filas compuestas por los hombres. La ceremonia es interminable y el sol ya ha aparecido cuando las mujeres dan la señal de partida. Se ponen de pie y después de arreglar lentamente las ofrendas sobre los distintos altares, comienzan sus inclinaciones de despedida, con las cuales expresan su respetuosa sumisión. Desfilan todas, una tras otra, ante los santos, van en seguida hacia los hombres, a quienes saludan también ceremoniosamente —estoy entonces sobre ascuas, porque es en ese momento cuando me descubren con horror—, dan otra vuelta a los altares y salen al fin. Cada imagen —y son muchas—, cada persona, cada crucifijo, son saludados con varias reverencias y una infinidad de signos de la cruz que se trazan rápidamente con el pulgar sobre la frente, la boca,

las dos mejillas y el pecho. El conjunto da la impresión de un ballet frenético. El crujido de todos estos pies sobre las losas evoca con precisión los pasos de un grupo de danzantes.

A pesar de mis razonamientos desesperados para no verla más que como una pobre construcción frecuentada por seres cuyo misterio reside exclusivamente en una ignorancia indecible, la iglesia no perdió jamás para mí su atmósfera de angustia. Hasta el final de mi permanencia en el pueblo, necesité un gran esfuerzo de voluntad para visitarla, porque los confusos y penosos sentimientos que experimentaba cada vez que acudía a ella me impulsaban más bien a abandonarla.

Me di cuenta poco a poco de que la dependencia fanática, que al principio había creído limitada a los santos, se extendía de hecho a toda la vida, puesto que ninguna actividad del grupo —inclusive comprendida su organización política— escapaba a un carácter estrictamente sagrado. Y así fué como, bajo la presión dolorosa que ejercía sobre mí una realidad tan profundamente extraña, descubrí que me encontraba frente a un mundo que vive según una perspectiva que rechaza rigurosamente lo profano: la repugnancia y el miedo que yo había provocado eran, pues, consecuencia de mi impureza, altamente peligrosa. Este descu-

brimiento me ayudó —sin liberarme, sin embargo, de la inquietud que me oprimía— a captar el absurdo con cierta lógica. Pude así explicarme, por ejemplo, su inercia irreductible, comprendiendo que todo ataque a un orden sagrado debe ser un sacrilegio, así como su actitud extravagante hacia los "extranjeros", evidentemente dictada por el horror de ver intervenir elementos impuros en una realidad impregnada de lo divino. Pero algunos ejemplos concretos ayudarán a comprender mejor este estado de cosas.

Las autoridades del pueblo están revestidas de una potencia que las asemeja más a príncipes-sacerdotes de la Antigüedad que a funcionarios de nuestros ayuntamientos: el largo bastón ornamentado con cintas de colores que simboliza el poder —bastón que no debe jamás tocar el suelo y delante del cual se arrodillan y persignan— nos lo revela desde el primer instante. Como cabales jefes sagrados, el alcalde y sus ayudantes están sometidos a tabús rigurosos, por ejemplo el que les prohibe categóricamente penetrar en las lagunas y el mar, porque a su contacto se convertirían en lama y los peces en renacuajos. Es decir, que estos pescadores están alejados de su medio de vida durante el tiempo que dura el trabajo que prestan a la comunidad. Son estos mismos funcionarios los que a la cabeza de la peregrina-

ción que se efectúa todos los años en una noche de mayo a la orilla del mar, para implorar la lluvia, cantan los misteriosos conjuros que tienen el poder mágico de provocarla.

La organización de la iglesia es lo que permite descubrir mejor hasta qué punto lo espiritual y lo temporal están aquí confundidos. Sorprende, en un primer instante la religiosidad excesiva de un grupo que ha conocido muy poco el catolicismo y que vive prácticamente sin cura,[1] pero cuando se conoce algo de su estructura, se llega a la conclusión de que semejante fanatismo no es posible precisamente más que en ausencia de sacerdote. En efecto, no existiendo en San Mateo del Mar ninguna barrera entre el recinto sagrado y el resto del pueblo —las dos zonas son de la misma naturaleza—, las funciones que incumben generalmente al especialista son asumidas aquí por todos los miembros del grupo, que cooperan cada uno en los oficios religiosos. Esto hace que ningún rincón de la iglesia esté prohibido; todos se aproximan libremente a las imágenes santas o al altar mayor con el recogimiento que les caracteriza siempre y que los hace parecer, ya sea en su casa o en la calle, sacerdotes oficiantes. Es probable que un cura

[1] El caso de un cura que haya residido en el pueblo es ya tan lejano, que se considera legendario: se sitúa mucho antes de fines del siglo XIX.

se vería en la obligación de arrojar en lo profano todo aquello que para él no tuviera derecho de divinidad, y uno se pregunta si la adhesión inflexible de este pueblo a una tradición que, lógicamente, debería estar muerta desde hace varios centenares de años no es la causa principal de la sorprendente deserción de los católicos.

El personal de la iglesia es mucho más numeroso que el del Ayuntamiento. Además del sacristán y sus seis acólitos, renovados anualmente, hay mayordomos de los diferentes santos con sus asistentes y esposas respectivas, así como los miembros rígidamente jerarquizados de la sociedad de las *Vacas de la Virgen.* Estos cargos, voluntarios y generalmente asumidos por promesas, exigen mucho tiempo y no pocos gastos, porque los mayordomos, por ejemplo, tienen por tarea esencial organizar las fiestas de los santos a los cuales se dedican y deben por consecuencia pagar su costo. Tales funciones religiosas son de hecho el núcleo mismo de la organización política, porque, si es necesario aceptar por tres veces el cargo de mayordomo para poder ser elegido alcalde, es necesario también haber trabajado como peón de los rebaños sagrados antes de merecer el honor de ser mayordomo.[2].

[2] La Virgen es propietaria de rebaños de vacas cuya explotación cubre una parte del presupuesto de la iglesia.

Una pequeña incursión en las creencias relativas a la enfermedad nos mostrará, con más exactitud aún que los ejemplos precedentes, hasta qué punto nuestra impura realidad es extraña a ese estado de inocencia. Hay dos medios principales para inocular una enfermedad: la vergüenza y el miedo. La vergüenza es obra de alguien que consigue infligir un destructivo sentimiento de inferioridad. Una vez que el curandero ha hecho su diagnóstico, después de palpar las venas del enfermo –forma en que procede siempre, cualesquiera que sean los síntomas del mal: fiebre, hemorragia, cólico, etc.–, envía el paciente al especialista en mal de vergüenza. Éste, después de un atento examen, prescribe los remedios: ir al lugar en donde el mal ha sido provocado, con flores y cirios, para ofrendarlos a la Tierra y pedirle humildemente perdón por la ofensa recibida. Como la Tierra es todopoderosa –lo ve y lo sabe todo–, puede perdonar. En caso de que el lugar donde se ha hecho el mal fuera demasiado frecuentado –el mercado por ejemplo–, y no se pudiera aguardar la caída de la noche para poder proceder, se tomará un puñado de tierra a la cual, una vez en la casa, se le pedirá perdón y se le brindarán las ofrendas como se ha indicado más arriba. El miedo se cura de esta misma manera, con leves variantes que es innecesario indicar.

Todo es mucho más complicado cuando el brujo diagnostica una infección provocada por el *nahual*, porque la muerte de este animal lejano y desconocido, que es el doble inseparable de cada individuo, provoca inexorablemente la del enfermo. Cualquiera que sea la eficacia de los trucos de que se sirve el especialista en enfermedades de *nahuales* —el más conocido de los cuales consiste en cambiar al paciente de cama—, nada podrá impedir que un cocodrilo, por ejemplo, sea muerto por un cazador en algún río tropical, o que un águila, sobre la alta cima de una montaña, sucumba en el curso de una encarnizada lucha. Y es el hombre el que perece bajo estas formas animales. . .

Pero a los muertos se les debe temer por encima de todo como causa principal de las enfermedades. Hasta parece que el mal es parte inherente de los que están bajo tierra, porque éstos jamás se manifiestan de otro modo que infligiendo desgracias. Pensar en un muerto es una imprudencia que se debe reparar apresuradamente por medio de ofrendas y de rezos si no se desea caer enfermo. Servirse de un muerto para *malear* es cosa corriente; encontrarse en una situación difícil representa gran peligro de enfermedad, porque si un pariente desaparecido se da cuenta de la inquie-

tud que uno siente, entonces —"de lástima", así dicen ellos— no dejará de enviarle alguna infección.

Las almas más perniciosas son las de los hombres muertos por accidentes fuera del pueblo, porque, no encontrando lugar de reposo, recorren los caminos con esperanza de introducirse en el cuerpo de un ser viviente. Así, no es raro que, al regreso de un viaje, se caiga gravemente enfermo por haber atrapado una de estas almas perdidas. La posibilidad de que se diagnostique esa enfermedad no deja de inquietar, porque el tratamiento que aplicará el especialista en tal caso consistirá en la administración de latigazos hasta que la cura sea completa. Sin embargo, hay quien se queja de que estas almas errantes suelen ser muy testarudas y muchas veces dejan que el paciente se muera bajo los golpes antes que consentir en abandonar su refugio.

Todo esto deja entrever claramente dos actitudes mentales que caracterizan al habitante de San Mateo del Mar: su veneración humilde y sumisa a la fuerza, siempre sobrenatural, y su dependencia respecto del grupo. No sólo sienten singular necesidad de pedir perdón por una enfermedad recibida, sino que además se limitan a rezar y hacer ofrendas sin llevar a cabo ninguna de las operaciones por las cuales los brujos extirpan generalmente las

infecciones, y que supone un sentido activo de rebeldía. Esta mentalidad explica la atmósfera de devoción que reina en este pueblo, porque, si se necesita rezar para curarse, es necesario también hacerlo incesantemente como medida de higiene a fin de que este conjunto indiferenciado en que los hombres, los santos, los muertos y los animales se confunden no pierda jamás su armonía: la razón principal de la desgracia es el desequilibrio de este todo homogéneo.

La cohesión de la comunidad se manifiesta también en el hecho de que no hay ningún brujo que consienta en provocar una enfermedad a petición de un cliente, cosa tan usual en otras partes. Sólo un brujo forastero sería capaz de tales operaciones, motivo por el cual se han tomado serias medidas para prohibir la entrada en el pueblo de todo brujo extranjero. En el caso en que uno de estos personajes indeseables persistiera en querer entrar, los innumerables oratorios situados en cada esquina a manera de defensa no tardarían en hacerlo sucumbir.

En ocasión de las fiestas de Todos los Santos, se hace manifiesto que el anonimato en el cual está sumergido el individuo en San Mateo del Mar, así como su dependencia incondicionada respecto al grupo, se extiende hasta los mismos muertos. La actuación de los seres

desaparecidos está estrechamente mezclada a la de los vivos y las invocaciones para hacerlos aparecer cuando el brujo diagnostica un "mal de muerto" son un artículo de primera necesidad, indispensable para toda familia. A pesar de la intimidad de estas relaciones, no es más que una vez al año cuando las almas pueden circular libremente en el pueblo, oportunidad en que se les reserva una solemne recepción, siguiendo así las costumbres de casi todos los grupos étnicos de México. Pero, contrariamente a lo que pasa en otras partes, el altar que cada familia levanta en su honor no está aquí dedicado a ningún difunto en particular, lo que imprime a las fiestas un carácter completamente impersonal.

Hay algo más que destaca la singularidad de la gente de San Mateo del Mar: su hostilidad hacia todo lo ajeno al grupo es tan consecuente, que llegan hasta boicotear sin piedad a aquellos de los suyos que han muerto fuera del pueblo, como si el hecho de haber salido de él los arrojara en la impura condición de extranjeros.

El concepto de que existen almas que han extraviado el camino de su tierra natal se halla muy difundido; era, en cambio, la primera vez que veía yo rechazar esas almas. En los diferentes lugares en que he asistido al Día de Muertos, observé siempre la existencia de un

pensamiento caritativo hacia las almas errantes: un cirio en el umbral de una puerta o una modesta mesa de ofrendas en el interior de la casa son las limosnas de recuerdo humano que cada familia da a las almas perdidas que pudieran pasar por ahí...

Nada parecido se da en San Mateo del Mar, sino que, al contrario, se vigilan las almas de cerca a fin de que no puedan mezclarse impunemente con la comunidad de los muertos respetables. La gente asegura que cuando una de esas almas extrañas intenta colarse en la iglesia con la esperanza de compartir las ofrendas que le permitirían incorporarse a las filas de los puros, el portal, indignado, le impide entrar. He oído decir que el sacristán ve a menudo la pesada puerta del templo cerrarse sola en la nariz de una de estas almas fuera de la ley.

Con algunos días de adelanto, la población entera se prepara a recibir a sus muertos. En las casas, las mujeres trabajan duramente para elaborar las bebidas y los alimentos gratos a las almas; en el mercado, se arrebatan las velas a medida que son confeccionadas y se espera con impaciencia la llegada de los vendedores ambulantes que traerán el *cempoaxúchitl* (gruesa flor amarillo-naranja, de perfume acre, que tiene en México la función de los crisantemos),

y los *panes de muerto* en forma de ángeles, de conejos o de ciervos.[3]

Al mediodía del primero de noviembre, las campanas comienzan a tocar, y las almas, que no esperan más que esta señal, se precipitan sobre la tierra. Regresarán al alba a sus residencias respectivas –las hay que vienen hasta del infierno–, cargadas con las ofrendas de los vivos. Las que vuelven con los brazos vacíos no dejarán de enviar las peores calamidades a los olvidadizos que no las han ayudado con un recuerdo.

Al son de la campana que se hará escuchar sin descanso hasta la mañana siguiente, los aldeanos dan la bienvenida a sus muertos. Se comienza a cantar las oraciones delante de cada altar familiar; en casa de las autoridades se llevan a cabo ceremonias secretas, reservadas exclusivamente a los hombres; las mujeres van las unas a casa de las otras ofreciendo tantas velas como difuntos recuerdan: hay niñas que se detienen tímidamente en el umbral de una

[3] Conocí estos panes para la comida de los muertos durante mi viaje de ida a San Mateo. Habiéndose volcado la carreta de la simpática pareja zapoteca —con nosotros dentro, se entiende—, nos esforzábamos, con la ayuda de una lámpara que penetraba con dificultad las frías tinieblas que nos rodeaban, en recoger y limpiar los objetos esparcidos en el barro. Estos panecillos de graciosas formas me conmovieron y les dediqué todos mis cuidados a fin de que pudieran todavía, a pesar de su desgracia, figurar dignamente en una mesa de ofrendas.

puerta y tienden una vela solitaria, y viejas cargadas de haces de cirios.

Animadas por el paso incesante de estas portadoras de ofrendas, las callejuelas adquieren una belleza impresionante. Es que, con la presencia de las almas, el pueblo aparece de pronto en toda su autenticidad. El atavío y el comportamiento de las mujeres, por ejemplo, son precisamente los de sacerdotisas acostumbradas a la intimidad con lo sobrenatural: la gruesa tela roja que ciñe la cintura y que cae hasta el suelo; la amplia blusa cuadrada, negra o amarilla, bajo la cual el busto está desnudo; la pieza de algodón blanco, grande como una sábana que, de la cabeza, cae severamente sobre los hombros y las espaldas. Silenciosas, erguidas y concentradas, llevando en la mano cirios ornados de *cempoaxúchitl*, avanzan sin moverse y desaparecen... Las casas, a su vez, no son más que los templos múltiples de una misma área sagrada, y el altar que cada una posee en su interior es el punto más vivo en ellas. Numerosos cirios expanden su luz dorada en la pieza, generalmente oscura;[4] las flores, las frutas, la albahaca —planta que desempeña papel predominante en la hechicería—, la cera y el copal que arden la llenan de un intenso per-

[4] Las chozas no tienen otra abertura que la muy estrecha de la puerta. El techo y las paredes son tan espesas que no dejan filtrar la menor luz.

fume religioso. Las gentes se van relevando ante la mesa de las ofrendas para cantar las oraciones con un fervor que no decaerá hasta la mañana siguiente.

La noche, ayudada por la luna llena, pondrá más en relieve todavía el sentido profundo de las cosas, y el pueblo entero aparecerá como encerrado en un sortilegio: las masas sombrías de las chozas que avanzan sobre las callejuelas como mejor les parece, según un orden totalmente extraño a la línea recta; el suelo, caliente y movedizo, que se desplaza obstinadamente bajo los pies; los grupos de hombres, que flotando entre los vapores del alcohol ritual pasan como sonámbulos; las plegarias que se elevan por encima de cada habitación como espesas columnas de humo...

La choza que me abriga no escapa evidentemente a la suerte de las otras, y me será imposible dormir a la luz de los cirios, entre los perfumes que atacan la garganta, el clamor de los rezos y las continuas idas y venidas. La luna está todavía alta cuando las mujeres se aprestan a ir al cementerio vestidas con sus más bellos atavíos. Mi deber de investigador me obliga a seguirlas, pero me parece que cometería una indiscreción sacrílega asistiendo a sus adioses con los muertos y siento verdadero alivio cuando me prohiben hacerlo. En la puerta, el dueño de casa conversa con varios ami-

gos, todos en completa ebriedad. No atreviéndome a enfrentarlos, me quedo largo rato bloqueada en un rincón de la pieza escuchando sus parloteos, en que mezclan a veces palabras en español. Y es entonces cuando, de la manera más imprevista, se eleva un canto cuya perturbadora extrañeza sobrepasa todo lo demás: son algunas notas de *La Internacional*.

No salgo hasta que veo por fin al dueño de casa caer sobre la arena dormido, y a sus compañeros partir en busca de un poco más de alcohol.

De repente, la plaza, vacía desde hace dos días —los vendedores ambulantes la han abandonado sabiendo que durante estas fiestas no se pesca—, vibra de color y movimiento. Las mujeres que vuelven del cementerio cruzan, sin parecer verlos, los grupos de hombres titubeantes que salen de la iglesia, donde, desde la víspera, montan la guardia turnándose alrededor de la mesa de las ofrendas.

Un poco más tarde, la plaza tomará el aspecto de un campo después de la batalla: cuerpos tendidos por todas partes; hombres que avanzan penosamente bajo el duro sol se detienen para recobrar el equilibrio, dan algunos pasos inciertos antes de derrumbarse. De vez en cuando aparece la silueta hierática de una mujer: se inclina con veneración sobre uno de

estos cuerpos tendidos y lo lleva como un precioso botín. Toda la población masculina, sin excepción, está completamente ebria, porque ningún hombre podría, sin pecar gravemente, dejar de brindar con las almas de visita.

Asistí a un diálogo revelador a este respecto: como el joven maestro de escuela, sufriendo él mismo los efectos de una borrachera atroz, preguntaba a un venerable anciano por qué no había hecho no sé qué cosa, este último, sorprendido de que se le pudiera hacer tal pregunta, contestó: "Pero cómo... no podía... estaba bebiendo." Es necesario agregar que esta borrachera colectiva y sagrada es de lo más pacífico: durante las veinticuatro horas que los hombres bebieron, no se registró ningún incidente. La única novedad, aparte del aspecto chusco de la plaza y de las calles, era que esta gente, de ordinario tan taciturna y cerrada, se volviera locuaz y llegara hasta manifestar cierta ternura.

Para concluir, desearía subrayar el rasgo más desconcertante del carácter de esta gente arcaica: la inexistencia absoluta de autonomía y de conciencia individuales. Todo indica que en San Mateo del Mar el individuo no ha emergido todavía de la nebulosa formada por la tradición y que es únicamente el grupo el que piensa a través de él. Hasta su cuerpo, como

se ha podido ver, está desprovisto de realidad objetiva, porque es siempre fuera de él donde se busca la causa del mal y se aplica el tratamiento, ya que la enfermedad no aparece sino como un fenómeno de repercusión, sobre el individuo, de lo que pasa en el grupo. El hombre pone su vida al servicio exclusivo de la masa pasional que es la comunidad, cumpliendo minuciosamente un ritual que anula en él toda libertad, lo convierte en una cosa, y lo hace impotente para el menor esfuerzo creador.

Indice

Este libro fue impreso y encuadernado en empresas del grupo Fondo de Cultura Económica. Se terminó de imprimir el 26 de Abril de 1985 en los talleres de Lito Ediciones Olimpia, Sevilla 109, México 03300, D. F. Se encuadernó en Encuadernación Progreso, Municipio Libre 188, México 03300, D. F. El tiro fue de 50 mil ejemplares.

Diseño y fotografía de la portada:
Rafael López Castro.



"Yo en persona, el sacerdote o espiritado o encantador: Atiende, hermana semilla, que eres sustento; atiende, princesa tierra, que ya encomiendo en tus manos a mi hermana la que nos da, o la que es nuestro mantenimiento; no incurras caso afrentoso cayendo en falta, no hagas como hacen los mohinos enojados y rezongones; advierte que lo que te mando no es para que se execute con dilación, que es ver otra vez a mi hermana [al maíz que se va sembrando], nuestro sustento, luego muy presto ha de salir sobre tierra; quiero dalle la enhorabuena de su nacimiento a mi hermana, nuestro sustento."

Este largo encantamiento, tomado del *Tratado de las supersticiones de los naturales de la Nueva España,* de Hernando Ruiz de Alarcón, publicado en 1629, aún se mantiene en nuestro país como supervivencia del mundo antiguo. Debe emplearse al sembrar el maíz y según se dice garantiza una opima cosecha de jugosos elotes.

La concepción mágica del mundo es el primer jalón plantado por el pensamiento en el curso de su lento despertar. Y entre los principales componentes del irresistible sortilegio de México el más poderoso, afirma Laurette Séjourné, proviene de la prolongación milagrosamente viva del pasado en la realidad presente.

Supervivencias de un mundo mágico es resultado de una larga estancia en el estado de Oaxaca donde, de manera particular, los innumerables vestigios materiales y espirituales de las antiguas civilizaciones permiten seguir el desarrollo de los antiguos mexicanos como si se tratara de un individuo único, cuya vejez abarcara varios millares de años. Los dibujos de Leonora Carrington realzan la magia de este libro singular.



